

NOVELA ROMÁNTICA

*La Vida
Juntos*

SOPHIE KISS

LA VIDA JUNTOS

Novela Romántica

**Escrita por
Sophie Kiss
2019**

Contenido

LA VIDA JUNTOS

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo I

El cuerpo humano guarda cierta similitud con las máquinas, de hecho, muchas máquinas han sido creadas en realidad imitando el funcionamiento de nuestro cuerpo. Los automóviles, por ejemplo, son una gran prueba de ello. Los autos tienen un motor que sería algo así como el corazón, también computadora que vendría a ser la parte cerebral, y así como tenemos hígado, riñones y otros órganos que ayudan en el funcionamiento de nuestro cuerpo, los autos tienen alternador, bujías, y otros accesorios.

El cuerpo humano, al igual que las máquinas, necesita acciones de mantenimiento preventivo. Así como llevamos el auto al mecánico no solo cuando algo se daña, sino que en ocasiones lo llevamos solo para un chequeo de rutina, pues así igual debemos hacer con nuestro cuerpo, algo que muy bien entiende Paul, de 46 años, un hombre fitness que lo tiene todo en la vida y sabe que mientras más saludable se encuentre, más podrá disfrutar de los placeres de la vida.

El corazón bombea sangre, en cada latido hay chorros que se inyectan por nuestras venas hasta esparcirse por diferentes partes de nuestro cuerpo. Hoy, el corazón de Paul está bombeando muchísima sangre que va directo hasta su pene mientras se folla de manera bastante violenta a su mujer, porque así les gusta a ambos.

—Sigue así, mi vida. ¡No te detengas, por favor! —Exclama Aileen, la esposa de Paul.

Aileen tiene cuarenta años, es toda un MILF con senos tan perfectamente operados que parecen naturales, perfectos pero naturales. A ella le encanta que Paul la folle con fuerza, especialmente como esta mañana en la que ella está sobre él y sus tetas no paran de rebotar.

Aileen tiene un cuerpo de diosa que a cualquier hombre le encantaría disfrutar. Su cabello rubio y liso, sus ojos grandes y expresivos, y los labios bien carnosos. Aileen tiene además un rostro angelical, y precisamente por eso, justo en el instante en el que Aileen más gemía, Paul la toma por el cabello y la hace ponerse de rodillas.

—Toma, ¡mételo hasta el fondo de tu garganta! —Le ordena Paul a una muy sumisa Aileen que no hace más que ponerse de rodillas y obedecer.

—Lo que tú digas, mi amor. —Fueron las palabras de ella antes de introducir todo el pene de Paul en su boca.

Aileen comenzó lento, hasta que el propio Paul fue marcando el ritmo, aumentándolo de a ratos, hasta que literalmente terminó follándose la boca de Aileen. Ella por su parte solo recibía esos grandes enviones en los que los testículos de Paul chocaban con el mentón de Aileen.

Aileen se atragantaba entre tanta saliva y el delicioso abuso que representaba la forma en la que Paul se folla sus labios, sus gruesos y provocativos labios, esos que él mismo tantas veces le ha dicho que son perfectos para el sexo oral. Él la toma por el cabello con una mano mientras con la otra aprisiona una de sus tetas, porque así le gusta tocarla, con fuerza, con rudeza, apretando su senos tan duro que al soltarlos sus manos quedan marcadas en ellos y eso a Aileen le parece demasiado excitante, tanto como para chorrear cascadas de placer que van desde su apretada vagina hasta el piso, dejando un ligero charco como muestra de lo placentera que está siendo esa mañana en la que una vez más, Paul se folla a su mujer como mejor le place.

Luego de tenerla así, de rodillas y mamando por un buen rato, Paul toma a Aileen por uno de sus hombros y la hace colocarse de pie.

—¿Me vas a follar? ¿Me lo vas a meter de nuevo? —Pregunta ella chorreando hilos de baba a causa de la espectacular mamada que le estaba dando a su muy fornido esposo.

Paul no responde con palabras sino con hechos, la lanza sobre la cama, la pone en posición de perrito y la penetra sin piedad, haciendo que sus cuerpos choquen y hagan un ruido demasiado placentero para ambos. Sus carnes estaban hechas unas para las del otro, sabiendo disfrutarse mutuamente.

Paul, un hombre musculoso, que entra en gimnasio todos los días y se alimenta muy bien, tiene mucha fuerza y resistencia, algo a lo que Aileen sabe sacarle bastante provecho. Ella además sabe que su marido le encanta ver su rostro mientras se la folla, y todo por le parece muy excitante ver las expresiones de mujer sumisa y dominada que ella coloca cuando él la hace suya.

—Sí, dame así, bien duro. Fóllame como si no hubiera mañana. —Dice Aileen volteando hasta donde está Paul, detrás de ella dándole mucho pene y

mucho placer, tanto que incluso por un momento decidió hacer una pausa breve de apenas un par de segundos, para evitar terminar antes de tiempo.

—¿Qué sucede, mi amor? ¿No te gusta follar mi conchita apretadita? —Pregunta Aileen, esta vez con más picardía que sumisión en sus ojos, porque ella sabe la verdadera razón por la que Paul necesita tomar esa breve pausa, ese ligero descanso.

Por su parte Paul, una vez más responde con hechos y no con palabras, y retoma la dulce y placentera faena de penetrarla sin piedad. Mientras lo hace, los músculos de sus pantorrillas y glúteos se tornan muy tensos, tanto que el sudor que corre por todas sus piernas hace que su silueta se vea aún más definida de lo que ya de por sí está.

Paul está de pie, Aileen en la orilla de la cama, suplicando que le den tan duro como ella pueda soportar, porque ella es una niña buena que puede recibir mucho amor y placer al mismo tiempo, especialmente cuando se trata de Paul, el hombre de sus sueños, ese adinerado y apuesto galán que se la folla como nadie jamás lo había hecho, por lo que hoy tienen más de diez años de casados y una vida perfecta sin hijos ni demasiadas responsabilidades, porque así lo han querido, porque así les gusta a ambos.

—Quiero que me bañes de ti, ¿puedes complacerme, mi amor? —Preguntó Aileen esta vez todavía más pícara, mientras Paul no paraba de jadear, sin poder hablar, debido a lo agitada de su respiración.

Luego de varios gemidos de Aileen y de lo que más bien parecían bramidos por parte de Paul, él salió de ella para colocar su pene justo sobre su trasero y rociarlo con todo su esperma, que fue bastante, lo suficiente como para que no hubiera un centímetro en la nalga derecha de Aileen que no resultara cubierto por el néctar blanquecino fruto del amor de dos cuerpos perfectos.

Luego de eyacular sobre las perfectas y redondas nalgas de Aileen, Paul se tropezó con sus propios pies y por poco cae al suelo, logrando aterrizar sobre la cama, justo a un lado de su esposa.

—¿Qué pasó, querido? ¿Te he dejado muy agotado? —Pregunta Aileen inclinándose hasta el rostro de su marido para regalarle un beso en la mejilla.

Me he sentido un poco mareado, la verdad. Voy a la cocina por un vaso de jugo. ¿Quieres algo?

—Yo estoy bien, ya me diste lo que quería.

Ambos sonríen, y con un guiño de ojo, Paul se recompone, se levanta de la

cama y sale de la recámara matrimonial en la que miles de veces se ha a follado a Aileen. Al cruzar la puerta, da un par de pasos y baja por las escaleras hasta llegar a la cocina, pero al detenerse sobre el mesón, unos metros antes del refrigerador, Paul vuelve a sentirse mareado, lo que lo obliga a tomar asiento por unos segundos, pensando en que aquello es muy extraño y lo mejor es ir al médico pronto a ver que está sucediendo en su cuerpo.

Luego de unos segundos se sintió mejor. Era lunes, día que a Paul le gustaba tomar libre para estar en casa y dedicarse a descansar, aunque lo usual es que en esos días siempre termina por realizar alguna diligencia que estuviera pendiente o que la rutina diaria de trabajo no le permitiera realizar durante la semana. En definitiva, Paul terminó tomándose el resto del día para recuperarse, hidratarse, tratar de sentirse mejor e ir al médico.

Llegada la tarde, Paul tomó una ducha refrescante y se fue hasta su médico de costumbre. Salió del baño, bien peinado como casi siempre, oliendo a elegantes fragancias de perfumes que su esposa le obsequiaba frecuentemente. Se colocó su rolex de oro y una cadena del mismo metal precioso, la cual le colocaba hasta sus muy definidos pectorales con una placa que tenía su nombre y su fecha de nacimiento, obsequio de su difunta madre.

Caminó hasta la cochera donde estaban su Mustang y el porsche de Aileen. Eleonor era el nombre que Paul le había puesto a su apreciado bebé, ese hermoso Mustang Shelby color negro. Al encenderlo automáticamente comenzó a sonar una canción de la legendaria banda australiana AC/DC, específicamente el tema Thunderstruck.

Escuchando clásicos del rock Paul salió de casa y condujo por la autopista hasta llegar a la clínica Santa Rosa, donde trabaja Omar, su médico de confianza. Él ya había solicitado una cita para dentro de un par de semanas, pero luego de ese extraño mareo, llamó para adelantarla, y la secretaria de Omar le dijo que podía pasar por su consultorio cuando quisiera.

Habiendo avanzado varios kilómetros, y estando a tan solo un par de cuadras de tomar el distribuidor que luego lo llevaría directo hasta la clínica, Paul debió estacionar un momento porque se volvió a sentir mareado, ahora con ganas de vomitar y con la visión nublada.

—Esto ya me está preocupando. —Se dijo a sí mismo mientras trataba de sentirse un poco mejor.

Cuando por fin ya no se sentía mareado, luego de haber bajado los vidrios y respirado aire natural por unos minutos, retomó la marcha y condujo

lentamente hasta la clínica. Al llegar, estacionó por el área de emergencias, pues, aunque había llegado serenos y por sus propios medios, sentía que en cualquier momento podría desplomarse, y por tanto también tenía la sensación de que debía ser atendido lo más pronto posible.

—Buenas tardes. Podría decirle al doctor Omar que ya Pau se encuentra aquí. Si puede, por favor dígame que me siento bastante mareado.

—Enseguida, señor. Por favor tome asiento, que ya lo atendemos. — Respondió la muy diligente secretaria.

Paul tomó asiento, se sintió mareado una vez más, y cuando sacaba el celular de su bolsillo, la secretaria ya se acercaba de nuevo hasta él.

—Venga, señor Paul. El doctor Omar lo espera en su consultorio. Tome mi mano que yo lo ayudo.

La escena era poco creíble pero cierta. Una mujer delgada, que no pesaría más de sesenta kilos ayudaba a Paul a caminar, un hombre de casi dos metros de estatura, muy músculos, cuya masa corporal bien desarrollada fácilmente podría sobrepasar los cien kilogramos de peso.

—¿Qué te sucede, amigo? Pasa, recuéstate en la camilla. —Fueron las palabras con las que Omar recibió a su paciente y amigo, Paul.

—La verdad no lo sé. Me estoy sintiendo así desde esta mañana.

—Carolina te dará una pastilla que te hará sentirte mucho mejor de inmediato, y mientras tanto, te tomará unas muestras de sangre para saber qué está sucediendo en ti. Debe ser algún virus, pero la verdad luces muy pálido.

Paul se sentó en la orilla de la camilla mientras la secretaria llamó a la enfermera de turno para que ayudara con las órdenes de Omar, es decir, darle a Paul aquella pastilla milagrosa y extraerle un par de muestras de sangre.

—Voy a necesitar que llene este recipiente con algo de su orina. —Dijo la enfermera un par de minutos después, cuando ya le había dado a Paul su medicina y tomado las muestras de sangre.

Pasados cinco minutos, Paul se sintió un poco mejor y fue hasta el baño en el consultorio para cumplir con lo de la muestra de orina. La cara de Omar era de preocupación.

—Voy a necesitar que pasemos a la sala de rayos X, hay algo que no logro entender, pero una vez que estemos allí y con los resultados en mano, podremos saber qué es exactamente lo que sucede.

Lo análisis de sangre y de orina suelen tardar varias horas en estar listos, pero dado que se trataba de una estrecha amistad entre Paul y Omar, en apenas

una hora ya ambos estaban en la sala de rayos X, y para las cuatro de la tarde ya le tenían un nefasto diagnóstico.

—Eres mi amigo y no sé cómo decirte esto, así que seré lo más profesional posible: Tienes cáncer y te queda cuando mucho un año de vida normal antes de caer en cama. Hay tratamientos que podrán calmar las dolencias, evitar esos mareos y esos malestares que aparecieron hoy, pero si no abordamos desde ya tu enfermedad, todo pasará muy rápido y podrás morir tanto por el mismo cáncer, como por un accidente al conducir o incluso de alguna caída muy fuerte que sufras, porque...

Las palabras de Omar era simplemente ruido para Omar. Estaba abrumado por lo que escuchó al principio, aquello de que solo le quedaba un año de vida normal para luego entregarse a una cama donde moriría lentamente. No podía creerlo, y desde que escuchó aquello dejó de prestar atención a Omar, porque solo una cosa podía preocuparle más que su propia vida: ¿Cómo se lo contaría a Aileen? ¿Quién la protegería ahora que él no esté?

Capítulo II

Media hora después de que Omar trata de hacer que Paul viera el lado positivo de las cosas, el fornido hombre de 45 años aún no podía creer la clase de broma pesada que le estaba jugando la vida. Hasta al mejor cazador se le puede ir la liebre, penó por un momento mientras caminaba desde la última puerta de la clínica hasta el estacionamiento donde había dejado a Eleonor.

Omar le había dado una pastilla que lo hacía sentir mejor y le había recetado todo un complejo tratamiento para su enfermedad, pero vaya que todo era absurdo. Paul es un hombre en excelente estado físico, un tipo que muchos hombres envidiarían, todos quisiera tener su físico, su fortuna, y sobre todo su éxito en los negocios y en el amor.

Existen atletas, personas que toda su vida han cuidado su alimentación y además han entrenado desde muy pequeños, y con todo y eso, han muerto igual que como Omar le acaba de decir a Paul que el fallecerá, es decir, a manos de esa terrible enfermedad llamada cáncer. La vida es injusta, pero nadie nos prometió lo contrario, y la verdad es que al nacer, lo único que podemos tener seguro es que algún día moriremos, y como dicen algunos: para morir solo hace falta estar vivos.

El cáncer en Paul está tan avanzado, que ni con toda su fortuna hay algo que él pueda hacer. Sin embargo, precisamente gracias a todo el dinero que Paul posee, puede costearse costosos tratamientos que de algún modo pueden retrasar lo inevitable, al mismo tiempo que ahorrarle mucho dolor y terribles escenarios de miseria.

La vida de Paul es agitada, muy estresante hasta cierto punto. Tiene varios negocios y de todos debe estar muy pendiente. Sin embargo, él siempre ha procurado comer muy bien, lo más sano posible, al mismo tiempo que evita abusar de bebidas alcohólicas y café. No fuma cigarrillo y muy poco se trasnocha. Definitivamente no es justo que un hombre que ha construido una gran fortuna a punta de puro trabajo honrado desde joven tenga que morir a causa de una enfermedad que no pudo prevenir, una bola rápida a más de cien

millas que no vio venir.

—¿Cómo se lo diré a Aileen? —Era todo lo que pasaba por la mente de Paul.

Su celular sonó, era Aileen. No quiso atenderla, no quiso contarle nada de eso por una llamada, prefirió esperar a verla en persona cuando llegara a casa, pero todo el asunto lo tenía tan distraído y disperso que cruzó donde no debía y sin querer por poco fue a dar a otro distrito. Cuando pudo darse cuenta, con las manos un poco temblorosas, retornó a tiempo de poder volver a tomar la vía que lo conduciría hasta casa.

—¿Como se lo digo? —Se volvió a preguntar Paul a sí mismo.

A Paul no le preocupaba tanto el hecho de que le quedara poco tiempo de vida y que en menos de un par de años ya estaría muerto, desaparecido de la faz de la tierra. Lo que más le preocupaba era dar sola a Aileen, la amaba con todas sus fuerzas y no podía soportar el hecho de pensar en verla indefensa, sola, sin compañía ni protección, esa que él muy bien sabía brindarle.

Tres cornetazos lo despertaron del ligero letargo que tuvo estacionado frente al semáforo. La luz ya tenía varios segundos en verde, pero Paul no lo había notado, de hecho, no estaba viendo nada a su alrededor, tenía la mirada perdida tratando de asimilar una noticia que era imposible de digerir.

Paul aceleró, trató inútilmente de pedir disculpas, y siguió su camino a casa. Cuando finalmente llegó, el gran portón automático en la entrada de la propiedad, se abrió para que el amo y señor de aquellos aposentos llegase a su morada. Una lujosa casa de una cantidad infinita de metros cuadrados con dos piscinas, una cancha de fútbol, un spa, gimnasio, y una sala para distracciones donde tenía mesas de billar y máquinas de videojuego. Paul lo tenía todo, y ahora resultaba que solo le quedaban meses de vida. ¿Cómo pudo cambiar todo tan drásticamente?

Paul creció en un ambiente humilde, sus padres no vivieron lo suficiente para verlo convertirse en el empresario exitoso que es hoy en día, de hecho ni siquiera alcanzó a verlo graduarse en negocios en la prestigiosa universidad donde había ingresado gracias a un programa de becas por alto rendimiento tanto académico como deportivo.

Paul siempre fue un aficionado a los deportes donde se destacó varias veces en competencias escolares, pero decidió destacarse más en la parte intelectual, pues también tenía un gran olfato para los negocios y era muy buena a la hora de tomar decisiones trascendentales, entre las cuales está

haberse olvidado de su carrera de jugador de futbol americano para dedicarse a sus estudios, lo cual dio como resultado una vida llena de toda clase de lujos, vida que estaba ya por acabarse.

Paul estacionó a Eleonor en el garaje como era de costumbre, y al bajarse el auto, se dirigió directo hasta la recámara matrimonial donde Aileen lo esperaba de manera muy sensual para repetir lo de esta mañana. Dio varios pasos, Aileen lo escuchó y corrió hasta la cama para posar como a su esposo más le gustaba que ella lo hiciera.

Sus piernas eran largas, elegantes, muy estilizadas. El rostro de Aileen era el de una modelo de revista, su bello rubio, lacio e impecable, siempre listo para cualquier ocasión. Aileen no tenía idea de todo lo que estaba sucediendo, no imaginaba lo de Paul y mucho menos el torbellino en que se había vuelto su mente y su vida en las últimas horas. Cuando ella lo llamó fue para preguntarle si él almorzaría en casa, pero como no respondió decidió no comer y esperarlo, porque lo ama tanto que hasta eso necesita hacerlo con él.

Cuando Paul atravesó la puerta de la habitación, cabizbajo, abrumado, sin saber cómo contarle aquello a su esposa, ella lo esperaba en cuatro patas, como una gatita en celo, deseosa de que su marido le diera una segunda dosis de sexo, de ese sexo rudo y dominante que ella tanto le encantaba.

Paul se paró en el marco de la puerta, vio a Aileen así y por un segundo tuvo ganas de llorar pensando en todo lo que se perdería, viendo frente a él aquella mujer perfecta con cuerpo de diosa, pero luego sacudió su cabeza y cambió de pensamiento, ahora con la nueva premisa de que lo mejor sería más bien aprovechar su tiempo en vida y disfrutar de esos placeres que la vida y sus raros vuelcos planeaba ahora robarle.

Aileen lo vio, y con su dedo índice lo atrajo hasta a ella, señalan el camino correcto para hacerla suya. Paul se acercó hasta la cama, la tomó suave del rostro y besó sus labios como si no hubiera mañana, como si ese fuera el último beso que le daría a su adorada y hermosa esposa, la misma que no aguantaba más las ganas de que él la poseyera por completo como solo él sabía y podía hacerlo.

Aileen no solo era una mujer que lucía muy sexy sobre su cama por su excelente cuerpo muy tonificado, sino que además también sabía verse y oler muy bien por su ropa y sus fragancias, que aunque no trajera mucho puesto, era lo suficiente para no mostrarlo todo, pero casi, dejando un poco a la imaginación y bastante a la vista, lo suficiente para ser tal vez una de las

mujeres más atractivas de la ciudad, lo menos que merecía un hombre como Paul.

Luego de besarla en los labios, la acarició por todo su cuerpo, y Aileen no se resistió a sus encantos y desprendió la parte superior del baby doll que traía puesto, dejando sus perfectos pechos al descubierto, los mismos que Paul besó de forma un poc suave, distinto a lo habitual.

Aileen dejó que sus manos recorrieran el cuerpo de Paul, dejándose ir hasta el medio de sus piernas, y al tocarlo por encima del pantalón pudo notar que a su esposo aún no se le había levantado el vigor, y procedido a bajar sus pantalones muy lentamente mientras él le acariciaba la espalda y el cabello.

Paul quiso seguirle el juego, pero no podía pensar en otra cosa que no fuera su enfermedad y un último deseo que tenía, algo que necesitaba hacer antes de morirse. No se trataba de ninguna fantasía sexual, pues Aileen se las había cumplido todas. Tampoco se trataba de ningún viaje o alguna actividad excéntrica típica de las personas ricas. Lo de Paul no era un capricho, era una cosa seria que necesitaba hacer antes de morir para poder irse en paz, con la tranquilidad de dejar a Aileen protegida.

—Cariño, ¿Sucede algo? —Preguntó Aileen con ternura y preocupación a la vez.

Paul no pudo sostenerle la mirada, quiso verla a los ojos y decirle todo de un solo golpe como lo hizo el médico con él, pero no tuvo ni las fuerzas ni la frialdad para soltar semejante bomba. En lugar de eso, solo pudo tomarla por las muñecas mientras bajaba la mirada y una lágrima bajaba por su mejilla derecha, demostrando que por muy fuertes que sean, los hombres también pueden llorar.

—Mi amor, ¿Qué sucede? Necesito que me digas algo. —Le dijo Aileen a Paul, esta vez ya mucho más preocupada, y levantándole la mirada, tomando su rostro por su mentón con sus pequeñas manos, que en su cara se veían todavía más diminutas. Eran un matrimonio de un hombre grande y fornido y una mujer bella y delicada con rasgos muy finos. La pareja perfecta, física y emocionalmente.

—No sé por dónde empezar. —Fue lo único que salió de los labios de un Paul que no abría los ojos.

—Por el principio, mi amor. ¿Qué sucede?

—Fui al médico, y no sé cómo, pero resulta que tengo cáncer.

Aileen soltó las manos de Paul para llevar las suyas hasta su boca,

tapándose los labios en un gesto de profundo asombro, tan grande como el terror que aquellas palabras le habían causado.

—¿Cómo que cáncer? Si eres el hombre más saludable que conozco, Eres muy fuerte, no puede ser, esto debe ser algún tipo de error, alguna broma. Dime, por favor, que es un mal chiste de tu parte.

—No, mi amor. Sabes que no jugaría con algo así. Es muy en serio. Estoy enfermo, tengo una especie de cáncer repentino que además está muy avanzado, según lo que me dijo el médico...

—Bueno, pero vayamos a hacerte otros exámenes o algo, eso no puede ser...

—No, mi amor. Ya me hicieron todas las pruebas, tanto de sangre como de orina, incluso rayos X. Todo indica que en efecto tengo cáncer, y no solo eso, sino que además me queda muy poco tiempo de vida.

Aileen no pudo ni quiso evitar romper en llanto. Su marido, su hombre perfecto, su príncipe azul, ese hombre con el que toda mujer soñaría, estaba contándole que le quedaba poco tiempo de vida, Su vida se desplomaba frente a ella en tan solo unos segundos, y mientras ella lloraba, Paul solo podía abrazarla, tratando de consolarla.

—Hay algo que debo decirte.

—Dime, mi amor.

—El médico me dijo que lo que me queda de vida es muy poco, pero que existe un tratamiento que puedo cubrir para evitarme sufrimiento.

Aileen forzó una tímida sonrisa y se volvió a fundir en los fuertes brazos de su gigante amado.

—Lo que necesito decirte es otra cosa, algo muy importante, algo que necesito que hagamos antes de irme.

—Lo que tú digas, mi amor. Lo que sea que quieras, lo haremos. — Respondió Aileen sin saber lo que Paul estaba por proponerle.

—Necesito que busquemos alguien que me reemplace, alguien que esté aquí cuando yo me haya ido. No hablo de un guardaespaldas, ni de un amigo. Estoy hablando de otro hombre que ocupe mi lugar.

Capítulo III

—¿Qué? No, ahora sí estoy segura que esto se trata de una broma, y de muy mal gusto, por cierto.

—No, mi amor. Te estoy hablando muy en serio. Necesito irme de este mundo sabiendo que te dejo muy bien cuidada, protegida...

Paul no había terminado de hablar cuando Aileen se recompuso, se secó las lágrimas y se fue hasta el baño donde se encerró y de donde pasados más de diez minutos, aun no salía.

—Mi amor, abre la puerta, por favor. Esta noticia te tiene tan abrumada como a mí, nada de esto es justo, pero necesito que entiendas mi preocupación y que entiendas que eso es algo que necesito hacer antes de morir.

Aileen abrió la puerta del baño y su pose era la de toda una niña malcriada.

—Paul, yo te amo mucho, eres el único hombre que interesa, yo no quiero saber nada de otros hombres. Yo prefiero morir, prefiero irme contigo antes que quedarme en este mundo con otro. Nadie será como tú, no tienes igual, tú eres un hombre púnico en un millón, y no solo me niego a esa loca idea tuya, sino que también me rehúso a quedare con ese diagnóstico que te dieron, creo que debemos hacer más exámenes o algo, tiene que haber una manera de que un hombre tan fuerte como tú salga de esto.

—Mi amor, yo te adoro. Yo también pensé lo mismo que tú, me costó un mundo entero poder asimilar esa noticia, pero luego de varios exámenes, la conclusión es que no solo estoy bastante enfermos sino que no hay mucho que hacer. La ventaja es que con mis ahorros podré pagar un tratamiento que me evitará mucho sufrimiento y podré estar activo el tiempo suficiente para asegurarme de que estés bien, de dejarte tal como siempre te he tenido, cuidada, protegida, complacida y todo lo que tú mereces, mi reina hermosa.

Aileen lo miró con ternura, como no muy convencida del tema de su enfermedad, pero sí de que ambos se amaban como pocas parejas en el mundo han podido experimentar el amor.

Allí, en el umbral que separa la habitación del baño ambos se dieron un profundo abrazo. El tan grande y alto parecía abrazar a una niña, que en realidad era toda una mujer, solo que siendo él de las dimensiones que era, la

diferencia de tamaño era acentuada.

—Olvidemos todo este asunto por un momento, vamos a la cama, veamos tv, y olvidemos el mundo. ¿Qué dices?

Aileen solo pudo asentir con la cabeza mientras su gran caballero la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama donde se pusieron a ver una película cómica hasta que ambos se quedaron dormidos.

Al cabo de media hora, Paul despertó de un extraño sueño en el que corría muy desesperado, como huyendo de algo que no veía y que realmente desconocía. En esa pesadilla, aquello que lo perseguía era algo que no solo no podía ver, sino que además realmente no tenía ni la más mínima idea de por qué corría, y al mirar al suelo, era como si tratara de correr por encima de una alfombra que se corría, dejándolo siempre en el mismo lugar por más que se esforzara en avanzar.

Sentado sobre la orilla de la cama, sacudió la cabeza, suspirando aliviado de haber despertado de aquel extraño y agobiante sueño, pero luego pensó que su realidad podía ser igual o peor que aquella pesadilla, y también pensó que le hubiera encantado que lo de su enfermedad fuese tan solo un sueño, pero así no funcionan las cosas.

Paul se levantó, fue a la sala, buscó su laptop y se dispuso a la tarea de buscar páginas en internet donde encontrar pareja. Luego de un rato navegando en la red, volvió al cuarto con laptop en mano y encontró a Aileen recién despertando.

—Mira, creo que he encontrado un par de candidatos interesantes.

Aileen, con os ojos más abiertos que cerrados, se dio la vuelta y decidió ignorarlo por un rato, pero Paul no estaba dispuesto a rendirse tan fácil.

—Mira, escucha esta biografía: *Soy bajito, gordo, de cabello malo, pero te aseguro que soy el amor de tu vida porque jamás usaré tu ropa prestada.*

Aileen, ante tal cosa, no puedo evitar soltar una carcajada.

—Espera, aún hay más. —Agregó Paul. — Mira este: A diferencia del otro gordo enano, yo sí soy el verdadero amor de tu vida y precisamente por todo lo contrario, pues a mí sí me gusta usar ropa de mujer, lo que significa que solo tendríamos que invertir en un guardarropa, pues lo que se compre para mí, sabes que tú también podrás usarlo, y viceversa.

Paul contiene la risa y le muestra la foto de un hombre robusto vistiendo un traje de hada, mientras que Aileen al verlo termina de revolcarse en la cama riendo a placer.

—Mi amor, ahora, hablando en serio, de verdad permíteme hacer esto. Solo haremos la prueba, solo buscaremos algún candidato, y si ninguno te gusta, lo dejamos así. No creas que no siento celos, no creas que estoy muy a gusto con la idea, pero una vez que yo me vaya, será cuestión de tiempo para que conozcas a alguien más, y yo preferiría estar al tanto y poder dar mi visto bueno para garantizar que estés bien y así poder irme en paz.

Aileen lo vio con cara de no estar muy convencida, luego se encogió de hombros y pensó que tal vez intentándolo y luego demostrándole lo desacertado de su plan, Paul desistiría de la idea y no la molestaría más con su afán de encontrar un sustituto para cuando él ya no esté.

—Está bien, mi amor. —Fue la respuesta de Aileen cuyo ánimo e interés no se veían nada genuinos.

—Mira este, se llama Robert, tiene cuarenta años de edad, es soltero, dueño de un gimnasio. Dice que su pasatiempo es ir de pesca y de excursión. Parece un tipo aventurero y a la vez muy capaz de sobrevivir en cualquier situación, tiene fotos hasta cazando animales y otra reparando él mismo su bote. No parece ser el típico ricachón vago que lo ha tenido todo desde que nació, eso, a mi manera de ver las cosas, lo hace un buen candidato. Pero dime tú, ¿qué te parece? —Dice Paul mostrando la laptop a Aileen quien echando un vistazo incrédulo, termina por interesarse luego de una segunda mirada a las fotografías que el candidato exponía en su perfil.

—Bueno, la verdad es que no sé si tienes razón en todo lo que dices, pero en esa foto sin camisa no se ve nada mal.

—¿Ves? Esa es la actitud, a eso es a lo que me refiero. ¿Te parece atractivo?

—La verdad, bastante. —Responde Aileen mordiéndose los labios.

—A ver, cuéntame, ¿Por qué te gusta?

—Bueno, soy mujer, no soy de hierro. El sujeto está sin camisa, mostrando sus músculos.

Ambos se ríen un rato, y aunque a Paul le da algo de celos la situación, también le resulta gracioso y divertido ver cómo su mujer se sonroja cada vez que él le muestra un candidato que a ella realmente pueda agradaarle, no como los primeros en los que obviamente todo era una broma.

—Mira cómo te sonrojas cuando te gusta un tipo. ¡Te he descubierto! —Exclama Paul en tono de broma.

—No seas gafo. Tú como que estás celoso, más bien.

—No. Nada de eso. Si te ha gustado ese tal Robert, pues anda, échale un vistazo. —Dice Paul mientras le pasa la computadora a Aileen, esta vez en sus manos para que la manipule ella misma.

Aileen tomó la computadora en sus manos, se recostó sobre la pared, estirando las piernas sobre la cama, y procedió a mirar bien el perfil del tal Robert que Paul había encontrado.

—No está nada mal, la verdad. Voy a crear mi perfil para poder ponerme en contacto con él. ¿Debería poner mi nombre real?

—No, mejor coloca un pseudónimo. Tal vez Patricia, o algo.

—Excelente, lo único falso será mi nombre. Toda la demás información será real.

—Eso debe incluir una foto. Qué tal si te tomamos una donde no se vea tu rostro.

—Me parece estupendo ¿Por qué no vas por la cámara para que la tomemos de una vez?

A Paul le resultaba un tanto sospechoso que Aileen estuviera tan cooperadora, pero igual prefirió no reparar demasiado en eso y hacer lo que ella le acababa de pedir. Al cabo de unos cinco minutos, ya estaba de regreso en la habitación con ella.

—¿Qué tal una fotografía así? —Le preguntó Aileen mientras gateaba por la cama con el cabello suelto, derramado sobre su rostro.

—Creo que si colocas una foto de perfil en esa pose, te lloverán candidatos, querida. —Agrega Paul mientras logra captarla con el lente de su cámara profesional, la misma con la que tantas veces jugaron a ser actores porno.

—¿Y si hago esto? —Pregunta Aileen soltando una tira de su sostén.

—Si haces eso logras que el pene se me ponga duro como roca, y seguramente lo mismo le sucederá a todo el que te vea.

—Bueno, de eso se trata, ¿no?

Aileen siguió gateando por la cama, pero esta vez en dirección hacia donde estaba Paul para luego empezar a frotar su pene por encima del pantalón, y cuando vio que la erección se había hecho presente, le quitó la cámara.

—Muy bien, veamos qué tal quedaron esas fotos para editarlas lo más sencillo posible y colocarla en mi perfil para de inmediato contactar a esos

hombres, tal como quieres. ¿Está bien?

Paul, que se había quedado excitado a la espera de más, entendió que Aileen solo estaba jugando con él, y decidió que le seguiría el juego.

—Está bien. Como tú digas, mi amor. —Dijo Paul, dedicado a contemplar la belleza de su mujer mientras ella pasaba la foto de la cámara a la computadora portátil.

—¡Listo! Ya he subido la foto y todo, ya estoy enviando una invitación a ese tal Robert, ¿pero ¿qué tal si vemos otros candidatos?

—Me parece estupendo. —Respondió Paul sentándose al lado de ella, mirando la pantalla.

En menos de media hora, ambos revisaron varios perfiles y terminaron enviando invitaciones a tres candidatos ideales. Todos hombres solteros de alrededor de cuarenta años, empresarios exitosos y muy bien parecidos.

—Tengo que confesarte algo. —Le dice Aileen muy seria, viéndolo a los ojos.

—Dime, mi amor.

—Todos esos hombres son hermosos, muy buenos partidos, pero no creo que me logren poner como tú lo haces.

—¿Y cómo es eso? Cuéntame.

—Tú sabes encenderme como nadie, con solo verte ya tengo ganas de comerte completo. —Le dice Aileen a Paul mientras acaricia su pecho para luego pellizcarle las tetillas.

—En ese caso yo también tengo otra confesión que hacer.

—¿Sí? ¿Cuál será? —Pregunta Aileen besándolo en el cuello.

—Necesito ver tu boquita en acción.

Aileen entendió que su hombre necesitaba una sesión de sexo oral, de esas que solo ella podía darle, con bastante saliva como a él le encanta. Así que sin pensarlo demasiado, con sus propias manos, le bajó el cierre del pantalón, luego bajó su bóxer y sacó el pene de Paul, el cual estaba bastante duro.

—Pero qué duro está, mi amor. ¿Está así por mí?

—Sí, mi vida. Tú lo pones así. Está así de duro por ti, ese pene es todo tuyo y yo quiero que lo disfrutes, quiero verte devorándolo.

Paul no había terminado de decirlo cuando ya Aileen se lo estaba metiendo hasta la mitad entre sus labios al mismo tiempo que lo miraba a él a los ojos. Aileen sabía que a su esposo le encantaba que ella fuera así, pícara y atrevida, y ella solo sabía dedicarse a complacer a su hombre. Mientras ella movía su

cabeza hacia adelante y hacia atrás para masturbar el grueso e hinchado pene de Paul, él solo se dedicaba a contemplar aquel espectáculo. Eso labios perfectos bordeando su pene eran toda una obra maestra, pero lo que se veía no era nada comparado a cómo se sentía, pues para él aquello era sencillamente perfecto.

Luego de haberlo humedecido como a Paul le gusta, lo sacó por completo de su boca para comenzar a masturbarlo con su mano derecha, con la que más práctica tenía.

—Quiero verte acabar. —Le dijo a Paul con la mirada más traviesa de toda la ciudad.

Paul, al escuchar aquella palabras no pudo evitar que su respiración se acelerara, y mientras Aileen le daba cascadas de placer con sus labios y sus manos, él la tomó por el cabello para de algún modo descargar el estremecimiento que le causaba toda la lujuria que Aileen despertaba en él.

—¿Te gusta así, mi amor? ¿O acaso prefieres que lo haga un poco más rápido?

Aileen, luego de esa pregunta, de forma muy traviesa, sin esperar que Paul respondiera, comenzó a agitar su pene muy rápidamente, moviendo su mano desde la base hasta la punta, y viceversa, muchas veces, con gran velocidad. Aumentando la rapidez con cada segundo que transcurría, Aileen podía ver cómo sus manos hacían magia con el pene de su amado. Paul blanqueó los ojos, sus piernas se pusieron tan rígidas como ya lo estaba su pene desde hacía rato, y en un parpadeo, con Aileen masturbándolo muy placenteramente, no pudo evitar soltar una cascada de semen que en parte bañó a su esposa.

—Debo decir que te veo mucho mejor que hace un rato, mi amor. —Le dijo Aileen, sonriendo, contenta de haber podido complacer a su hombre y de ver que parecía sentirse mejor aunque estuviera tan enfermo.

—Los mareos y las náuseas no han aparecido, y me siento bastante mejor desde que comencé el tratamiento. Además de que tú sabes hacerme sentirme mejor como nadie en el mundo lo ha logrado jamás.

Ambos se abrazaron y se acostaron de nuevo en la cama hasta que la laptop sonó, era una notificación desde la plataforma para encontrar citas. Roberto había escrito.

Hola Patricia ¿Podemos vernos mañana mismo?

Capítulo IV

Aileen y Paul se miran mutuamente, ella no sabe qué decir, él está como ansioso, esperando a ver qué hará ella.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —Preguntó ella.

—Claro que sí, respondió él.

—Muy bien. Manos a la obra. —Agregó Aileen después de suspirar y antes de retomar la computadora para responderle a Robert.

—Listo, ya he acordado verme con él mañana. Le he dicho que me dé su número telefónico para darle más detalles mañana. ¿Te parece bien? —Dijo Aileen un par de minutos luego.

—Estupendo.

Llegada la noche, luego de haber pasado el resto de la tarde viendo televisión, Paul decidió que ordenaría pizza. Pensó por un momento que sería un tanto absurdo seguir preocupándose demasiado por su alimentación, y que un poco de comida chatarra no le vendría mal, al menos para subir su ánimo. Esa noche ambos cenaron en la cama e incluso hicieron el amor un par de veces más antes de quedarse dormidos.

A las cinco de la mañana Paul se levantó como de costumbre a trotar un poco, y cuando ya estaba por salir de casa, recordó su tratamiento. Fue a la cocina, se tomó la pastilla correspondiente y se fue a su rutina matutina de ejercicios. A las siete de la mañana ya se encontraba desayunando con Aileen.

—Ya tengo el número de Robert. ¿Qué le digo?

—Dile que lo esperas a las ocho de la noche en el restaurante Segoviano.

—Pero sabes que en ese restaurant...

—Ya hice reservación de una mesa para dos, te servirán el mejor vino y el mejor plato del chef. También te he hecho una cita en el spa esta tarde.

Aileen quedó impresionada. Su esposo siempre había sido bastante atento, pero jamás pensó que también lo sería para que ella saliera con otro hombre.

—Quiero que te vistas hermosa, que estés espectacular esta noche. Así que le he encargado a Massimo, uno de los muchachos del gimnasio y en quien más confío para trabajos personales, que te lleve hasta la boutique de su mamá, donde podrás elegir el vestido que más te guste. El mismo Massimo te traerá a casa para que te arregles y te esperará para llevarte hasta el restaurante. Si

quedas a gusto con la salida, le dices Robert que te traiga a casa, pero si por alguna razón las cosas no salen bien, no dudes en avisarme y yo te busco de inmediato. ¿Está bien?

Aileen solo puedo decir que sí con un tímido gesto. De verdad estaba impresionada por lo bien cubierto que Paul tenía todo, e incluso el asunto como tal le daba un poco de nervios, y le resultaba raro que Paul por el contrario fuera tan frívolo con todo aquello.

—Ahora me marcho a atender los negocios desde la oficina. Ya sabes, pase lo que pase, si crees que me necesitas, no dudes en llamarme. —Le dijo antes de besarla en la mejilla con mucha ternura para luego marcharse hasta su trabajo.

El día prosiguió con normalidad, Aileen hizo todo como Paul se lo había ordenado, y cuando faltaban apenas diez minutos para las ocho, ya ella iba camino al restaurante, escoltada por Massimo, un joven muy trabajador en el que Paul confiaba plenamente.

—Buenas noches, Robert. Perdona si te hice esperar demasiado. —Le dice Aileen a Robert al llegar a la mesa y ver que él ya estaba allí.

Robert, un apuesto caballero casi tan alto como Paul, de cuarenta años, cabello tan negro como sus ojos y sus cejas, ya la estaba esperando, llevando puesto un muy fino traje color negro perfectamente combinado con camisa y corbata de color morado.

—Para nada, Patricia. Es todo un placer. —Respondió Robert mientras le preparaba la silla para que ella se sentara, en un gesto clásico de caballerosidad.

Aileen llevaba puesto un vestido sencillo pero muy bonito, color beige, que siendo bastante ajustado a su figura le resaltaba lo muy en forma que se hallaba para tener cuarenta años. Tenía el cabello elegantemente recogido, lo que le resaltaba el lujoso collar que traía puesto y lo angelical de su rostro, pareciendo que tuviera cuando mucho casi treinta años.

—Robert, lo primero que debo decirte es que mi verdadero nombre no es Patricia. Me llamo Aileen. Espero no te haya molestado eso, pero sé que comprenderás que no puedo publicar mi nombre real en ese tipo de espacios.

—En ese caso, déjame comenzar de nuevo. —Hola Aileen, todo un gusto conocerte en persona, por fin. —Respondió Robert tomándola de las manos, lo que a Aileen le pareció un poco pasado de confianza pero luego pensó que era estúpido verlo de esa manera cuando era obvio para qué se habían citado.

—Gracias, Robert. El placer es mío. ¿Qué te parece si ordenamos algo?

—Me parece estupendo. No es que muera de hambre, pero tampoco me molestaría en lo absoluto cenar justo ahora. Jamás había venido aquí, he escuchado que no es fácil conseguir una mesa en este lugar. Espero que por lo menos me permitas pagar la cuenta.

Ambos ríen un rato y Aileen enseguida, al ver la sonrisa de Robert se da cuenta de que tiene una dentadura perfecta y unos labios muy finos que no le molestaría besar.

—En ese caso, querido Robert, déjame recomendarte un delicioso plato que es algo así como la especialidad de la casa. Cuéntame, ¿a qué te dedicas?

—Soy vendedor de bienes raíces. Aunque también atiendo varios negocios personales.

—Interesante. —Dijo Aileen devolviéndole una sonrisa antes de que el mesero se acercara y tomara su orden.

Al cabo de una hora y media ya habían cenado y todo transcurría muy bien, parecían llevarse muy bien por instante, aunque a Aileen no le quedaba muy claro si él era un hombre con el que podría conversar por largas horas como lo hacía desde siempre con Paul, y aunque no fuera muy agradable o justo de su parte, no podía evitar a todo momento hacer comparaciones en su mente entre Robert y Paul, donde generalmente su esposo salía mejor parado.

A las diez en punto, luego de haber tomado una botella de vino completa entre ambos, se levantaron de la mesa y fueron hasta la salida donde el empleado de recepción ya esperaba por Robert para darle las llaves de su BMW, ambos lo abordaron y dejándose llevar por los efectos desinhibidores del alcohol, Aileen se sintió en confianza para colocar música en el auto de Robert.

—¿Te parece bien si continuamos la fiesta en otro lugar?

—¿Otro lugar, a solas? —Preguntó Aileen antes de responder a la pregunta de Robert.

—Sí, un lugar distracciones, con privacidad y mucha discreción, donde nadie nos vea y podamos hacer lo que nos plazca.

—Está bien. —Respondió Aileen, y veinte minutos después ya estaban en una lujosa habitación de hotel cinco estrellas.

Se vieron el uno al otro, como buscando descubrir qué había en sus mentes. Ella lo vio quitarse el saco y la corbata y notó que la camisa que traía debajo le quedaba lo suficientemente ajustada como para que los músculos de

sus brazos se marcaran perfectamente, y justo eso encendió, de cierto modo, la llama de la pasión en ella.

Robert, acercándose lentamente hacia Aileen, lleva consigo la mirada de un cazador que va por su presa. La acaricia suavemente en el cuello cuando ya la tiene frente a ella, y a partir de allí transcurrieron sesenta segundos de besos intensos y apasionados donde él terminó por quitarle el vestido y darse cuenta de que ella no traía nada debajo, mientras ella hizo lo propio, y al quitarle la camisa, aún con su lengua dentro de la boca de él, finalmente sintió esos brazos tan grandes y fuertes que la hicieron derretirse de inmediato.

Aileen completamente desnuda, de pie frente a Robert, quiso bajarle los pantalones para hacerle sexo oral, pero se llevó una gran sorpresa que la hizo detenerse por un instante. El pene de Robert le parecía gigantesco, era casi el doble del tamaño del de Paul que a decir verdad no le resultaba nada pequeño. Enfrentarse a aquel gigante estaba comenzando a parecer todo un desafío.

Robert, deseoso y ansioso por penetrarla, no le permitió ponerse de rodillas, como ella tenía en mente antes de quedar impactada con el mástil del hombre que palpitaba por hacerla suya. La miró a los ojos y comenzó a acariciarle la pelvis mientras le besaba el cuello, hasta darse cuenta que estaba convertida en un río entre sus piernas. En ese instante supo que ella estaba lista para ser follada.

La colocó abierta de piernas, en la orilla de la cama, mirando al techo, y desde esa posición, parado frente a ella, la penetró muy suavemente por varios segundos hasta que ella, habiendo entrado en calor, lo empujó hasta la pared y se puso de espaldas a él. Robert no lo dudó un segundo y la penetró así mismo, ahora con mucha más fuerza.

Aileen no paraba de gemir, y Robert estaba extasiado tanto con lo que sentía, como con lo que veía y especialmente con lo que oía. Los gemidos de ella eran música para sus oídos, y al verla de espaldas, tan perfecta, con un trasero tan firme y tan redondo, no pudo querer follarla por detrás.

—¿Puedo darte por detrás? —Le preguntó a Aileen al oído entre jadeos profundos y acelerados.

—Sí. Haz lo que quieras, pero no dejes de follarme.

Aquellas palabras por poco hacen explotar de placer a Robert, quien salió de Aileen por un segundo para volver a entrar en ella luego de lubricarla y prepararla para lo que estaba por venir.

Los ojos de Aileen se abrieron profundamente al sentir aquella gigantesca

pasión con la que Robert la penetraba, incluso le dolió un poco, pero nada comparado a los niveles de placer que ese nuevo amante le estaba proporcionando. Entre jadeos, gemidos, y mucha pasión, ambos acabaron, y Aileen pudo sentir el néctar del placer que Robert depositó en ella.

Ella se desplomó sobre la cama mientras él fue un momento al baño. Acostada, mirando el techo, se sintió un poco mal porque enseguida necesitó ese abrazo que Paul siempre le da una vez que terminan de tener sexo, cosa que Robert no le ofreció y que ella sinceramente tampoco quería, no de él.

—¿Qué tal estuvo? ¿Te gustó? A mí me encantó, eres hermosa, perfecta.

—La verdad estuvo estupendo, pero debo ser honesta contigo. Estoy atravesando un momento bastante complicado, mi marido está a punto de morir, está enfermo de cáncer, y en mutuo acuerdo hemos decidido buscar un sustituto, pero todo esto es muy nuevo para mí y me genera conflictos emocionales que no sé si pueda soportar...

—Espera un momento. ¿Eres casada? ¿En serio tu marido está enfermo de cáncer? No te creo nada. Dime que no te gustó y yo sabré entenderlo, aunque no te creería, pues me pareció que la estabas pasando muy bien. Sin embargo, repito: si no te gustó, no hace falta que mientas, solo dílo y ya.

—No, no me malinterpretes. La he pasado de maravilla, pero no tengo contigo esa conexión que sí tengo con mi esposa, además de que es primera vez que estoy con otro hombre que no sea él, y eso me cuesta asimilar todo un poco.

—Bueno, hagamos algo. Déjame llamar a mi chofer para que te venga a buscar y te lleve a tu casa. ¿Te parece?

—Sí, por favor. De verdad gracias, y disculpa la molestia y el mal rato. — Dijo Aileen dejando rodar una pequeña lágrima en su mejilla.

—No te preocupes. Déjame vestirme para acompañarte hasta el lobby.

Media hora más tarde Aileen iba entrando a su casa, donde Paul la esperaba un poco nervioso. Al cruzar la puerta de la sala y verlo parado frente a ella en la oscuridad, sintió dudas, no supo qué hacer, y se quedó inmóvil en la entrada, pero una vez que él extendió sus brazos, ella corrió hacia su amado y sin hablar, sin decir una sola palabra, lloró por un largo rato. Lloró por su enfermedad, lloró por tener que conocer a otro hombre, lloró porque sabe que una vez que se vaya lo va a extrañar un mundo, porque para ella no existe nadie como Paul en todo el mundo.

—Solo quiero saber algo: ¿Lloras por alguna razón por la que deba salir y

partirle la cara a alguien? ¡Estoy enfermo, pero aún estoy en condiciones de volver trizas a quien sea que maltrate a mi mujer!

—No, no. Nada de eso, mi amor. Al contrario, Robert fue todo un caballero. Y debo ser sincera, el sexo no estuvo mal. Pero...

Aileen no pudo terminar de explicarle a Paul la razón por la que lloraba, cuando de nuevo no pudo contener el aliento y estalló una vez más en sollozos.

—Mi amor, necesito saber qué pasó, por qué lloras. —Le dijo Paul abrazándola muy fuerte.

—¡Porque te amo, Paul! ¡Porque no quiero una vida sin ti! ¡No quiero otro hombre, no quiero nada que no sea la vida perfecta que tengo a tu lado, contigo! ¡Es en tus brazos donde quiero permanecer siempre!

Paul entendió de qué trataba todo, y al ver a Aileen de esa manera, solo pudo cargarla en sus brazos y llevarla hasta la habitación, donde ya le tenía preparado un baño con agua tibia y varias esencias aromáticas. Aileen, al subir a la recámara y ver aquello, solo pudo agregar algo:

—Eres el hombre perfecto, Paul. Nadie como tú. Solo tú me conoces tan bien. Te amo.

Aileen tomó una ducha, y luego de eso ambos se prometieron no volver a hablar del asunto hasta que ella quisiera volver a tocar el tema. Se acostaron a dormir juntos y así pasaron toda la noche, abrazados, en silencio, pensando mucho cada uno.

Transcurrieron un par de días en los que por las mañanas había cierto silencio incómodo, igual que por las noches antes de dormir. Paul había decidido que no quería volver a hacer sentir incómoda a su esposa, mientras que por otro lado también se replanteaba las cosas, pues le pareció que tal vez ese proceso de buscar un sustituto podía ser más doloroso que terapéutico. Sin embargo, de un modo u otro, Paul seguía queriendo poder dejar a su mujer segura, en buenas manos.

Pero antes de que transcurriera una semana, días suficientes para que Aileen también reflexionara bastante sobre el asunto, recibió una invitación desde la página de citas. Esta vez no se trataba de una respuesta por parte de algún candidato que ella hubiera contactado, sino que era un sujeto que por cuenta propia la había ubicado y le había escrito.

—Hola, Mi nombre es Martin y me interesaría conocerte. —Dijo el hombre en cuestión a través de un mensaje de texto.

En los últimos días, el silencio incómodo de parte de Paul se debía a que

tenía un objetivo en mente, un último deseo que cumplir antes de irse a la tumba, pero no quería que sus intereses, que paradójicamente eran pesando siempre en Aileen, pudieran perjudicarla de modo emocional e incluso dañar la perfecta relación que ambos habían mantenido por una década. Sin embargo, por parte de Aileen, todo se trataba de que ella, habiendo pasado varios días y reflexionado sobre el asunto, había llegado a la conclusión de que ciertamente podría ser positivo ir buscando desde ya un reemplazo para Paul. Ella sabía que nadie estaba a la altura de su perfecto caballero, pero también era consciente de que tarde o temprano terminaría conociendo a alguien más, y dada la perfección que tenía por relación con Paul, lo mejor y lo más justo sería que él estuviera al tanto de todo y pudiera dar el visto bueno.

Por otro lado, Aileen no podía engañarse a sí misma, probar otros hombres, tan sexys como Paul, no era para nada una tortura, sino todo lo contrario, un total y profundo placer.

—Hola. ¿Cuándo y dónde podemos vernos? —Respondió ella desde su celular, aprovechando que había instalado la aplicación móvil.

Antes que Martin respondiera, ella fue hasta el estudio donde Paul estaba leyendo unas cosas, para contarle lo que estaba sucediendo. De algún modo Aileen sabía que a Paul eso le agradaría, y no olvidaba que la idea era que su marido debía estar al tanto de todo.

—Mi amor, tengo algo que contarte. —Dice Aileen luego de entrar al cuarto de estudio, sin saber que Martin ya le ha respondido a la última pregunta que ella acababa de realizarle.

—¿Sí? ¿Y eso? ¿Qué será?—Pregunta Paul verdaderamente intrigado.

—Me ha escrito un tal Martin de 42 años de edad. Es soltero, empresario exitoso, dueño de una compañía naviera. Quisiera que lo vieras y me dieras tu opinión.

—¿En serio? A mí me parece magnífico. Más bien dime tú qué opinas. ¿Te gusta?

—Bueno, es atractivo, es soltero, y parece ser un candidato ideal. Sería cosa de conocerlo.

—Está bien, la verdad me parece muy bien. Yo pensaba que ya no querías hacer esto, pero si estás de acuerdo...

—Oh, me ha escrito de nuevo, preguntando si podemos vernos hoy mismo. ¿Qué le digo?

—Pues que sí, si quieres. Tú eres la que tiene la decisión. Si te atrae y te parece un buen candidato, yo te apoyo.

—Muy bien, te dejaré seguir trabajando. En un rato te daré noticias.

Aileen se marchó a la cocina a preparar el almuerzo mientras terminaba de concretar la cita con Martin. Finalmente acordaron verse a las ocho de la noche, en el mismo restaurante en el que se vio con Robert. Luego de acordar aquello, Aileen se lo contó a Paul y él estuvo de acuerdo, haciéndole una vez más la misma aclaratoria de que si en algún momento llegaba a necesitar de él, no dudara en llamarlo, y él rápidamente acudiría.

Llegó la noche, Aileen se vistió un poco distinto que la vez anterior. Para esta ocasión usó un vestido similar pero más corto y de color azul, combinado con tacones negros y una finísima cartera que Paul le había regalado hacía poco. Al llegar al restaurante se encontró con un Martin que ciertamente era mucho más atractivo que Robert, incluso lucía un poco más joven a pesar de ser de hecho dos años mayor.

Martin mostró una gran sonrisa, lucía como todo un galán desde su silla. A Aileen le pareció raro que él no se levantara para darle asiento, pero lo atribuyó a que ella está muy acostumbrada a ser consentida, y que seguramente Martin simplemente no era así.

Ordenaron algo sencillo, ninguno de los dos parecía tener demasiada hambre. Martin llevaba puesta una camisa de tela muy fina que parecía ser de diseño exclusivo. Era color vinotinto y le quedaba muy bien, resaltando lo claro de su piel.

— ¿Deseas tomar algo de vino aquí o prefieres que lo tomemos en otro lugar?

Aileen entendió que Martin seguramente tenía algo de prisa, y a juzgar por cómo la vio durante el transcurso de la cena y cómo aún no paraba de mirarla, ella sabía que él la deseaba mucho, lo cual obviamente le parecía halagador, y por tanto accedió a lo que los ojos de Martin le decían.

—Si quieres nos vamos a otro lugar. —Respondió Aileen.

Martin pidió la cuenta, y con algo de prisa tomó a Aileen de la mano y la llevó hasta su auto, un Lamborghini de último modelo, con modificaciones exclusivas. Fueron hasta la casa de él, una lujosa mansión ubicada en una colina empinada, siendo la única propiedad en varios kilómetros cuadrados.

—Tu casa es hermosa, Martin. .—Dijo Aileen una vez que se bajó del auto y pudo apreciar aquella mansión con varias piscinas, canchas de tenis, y

espacios abiertos con grama artificial y locaciones incluso para tarimas, donde perfectamente podría darse conciertos musicales.

—Lo sé. —Fue todo lo que respondió Martin, quien entró primero para avisar a sus guardias que recogieran a los feroces perros que vigilaban la propiedad, dejando a Aileen sola afuera por un minuto.

—Disculpa. Debía chequear a mis perros, tanto a los de cuatro patas como a los de dos. —Dijo Martin al volver, riendo un poco.

—Está bien. Entiendo. Dijo Aileen muy seria.

Cuando finalmente entraron, Martin destapó una botella de una champaña muy cara y la colocó sobre una pequeña mesa en medio del lugar, pero la verdad apenas si la probaron, pues cuando ya se habían servido un par de copas, Martin no resistió ver los labios de ella bordeando el vidrio y quiso besarla de inmediato.

En medio de ese arrebató apasionado, derramaron un poco de licor sobre el sofá, pero a Martin no le importó en lo más mínimo.

—Disculpa, qué pena. —Dijo Aileen ante aquel accidente, pero Martin, al contrario de molestarse, se excitó a ver las gotas derramadas sobre el pecho de Aileen.

—Creo que te has mojado.

—No sabes cuánto. —Dijo ella, entendiendo la picardía de Martin.

Él tocó sus pechos de manera brusca, ruda, casi como a ella le gustaba que lo hiciera Paul, pero con un poco más de torpeza. En medio de ese juego, Martin le bajó la parte alta del vestido y vio que no tenía sostén puesto, y al subir la falda de la misma prenda, notó que Aileen solo llevaba una muy diminuta tanga tipo hilo dental. Apretó sus nalgas con ambas manos luego de hacerla poner de pie frente a él, permaneciendo él sentado en el sofá, ahora con los pechos de ella en su cara.

De manera brusca lamió, chupó y hasta mordió los pezones de Aileen, quien percibió algo de dolor y placer al mismo tiempo. Después de tener gimiendo frente a él, le arrancó de un solo viaje la única prenda que le quedaba y vio cómo su sexo emanaba ríos de placer. Ante tanta excitación la tomó del cabello y la puso de rodillas para que ella le hiciera sexo oral no sin antes darle un pequeño par de cachetadas con su pene.

Martin la tenía realmente dominada, le ordenó colocar sus manos en la espalda y hacerle sexo oral así, sin apoyo alguno, mientras él la tomaba de la cabeza con una mano y le apretaba y golpeaba los senos con la otra. Al cabo

de varias lamidas y de haberle metido el pene hasta la garganta, la hizo colocarse en el mismo mueble donde él estaba sentado, para ahora él arrodillarse ante ella y darse banquete con la flor que ella trae entre sus piernas.

La escuchó gemir, la vio retorcerse como una gatita en celo, la escuchó pedir más hasta que no aguantó y suplicó ser follada.

—¡Por favor! ¡Hazme tuya! —Rogó Aileen.

Martin sonrió, la vio a los ojos y al tomarla del cabello la hizo ponerse de espaldas a él y así mismo la penetró bien fuerte. Le dio duro, sin parar, de manera intensa y apasionada, mientras ella de algún modo pedía caricias que él no le daba pero que reemplazaba por una espectacular follada sin igual.

Aileen intentó levantar un poco su espalda para pegar al pecho de Martin pero él la empujó de nuevo, ahora colocando la cara de ella contra el mueble, aprisionándola con una mano mientras con la otra la nalgueaba al ritmo en que la follaba muy frenéticamente.

Los gemidos de Martin se debieron escuchar en toda la casa mientras él llegaba al orgasmo un par de segundos antes de que lo hiciera Aileen, y apenas acabó, mientras ella todavía disfrutaba, él salió de ella, se quitó el condón y fue hasta una papelerera cercana a depositarlo.

—¿Necesitas ir al baño o algo? —Preguntó Martin al volver.

Aileen, que ya estaba vestida de nuevo y arreglando un poco su cabello, dijo que no con la cabeza mientras enviaba un mensaje de texto a Paul, pero el propio Martin la interrumpió.

—No hace falta que llames a nadie para que te busque, ya te he pedido un taxi.

—Gracias. —Fue todo lo que respondió ella.

El taxi llegó, ambos se despidieron solo de palabra, y Aileen abordó el auto sin mirar atrás para jamás volver a ver a Martin.

Esta vez Aileen no llegó a casa llorando, su rostro era de rabia, de molestia, estaba muy seria.

—¿Ha pasado algo malo? —Preguntó Paul.

—¡Esta idea es terrible! —Exclamó Aileen.

—Entiendo. Pero dime, ¿qué ha pasado?

—Nada, que me han follado duro, como a una zorra para luego mandarme a casa en un taxi.

—¿Qué? —Preguntó Paul casi gritando— ¡Dame la dirección de ese idiota

para ir a partirle la cara!

—No te preocupes, mi amor. Yo no lo culparía del todo. Él es un imbécil, sin duda. Pero tampoco fue que me prometió algo que no cumplió. La tonta he sido yo por aceptar esto una vez más. Yo creo que lo mejor es que definitivamente dejemos esto hasta aquí. Yo no quiero seguir con esto, y espero que puedas comprenderlo. No podemos forzar las cosas.

Aileen se fue hasta el cuarto, se dio un baño y se acostó a dormir. Por su parte Paul se quedó un rato en la sala, pensando, deprimido, triste por lo que Aileen le acababa de decir y por pensar en lo profundo que se estaba hundiendo en un incomodo y peligroso juego. No quería volver a saber que se habían follado a su mujer de esa manera, pero tampoco quería dejar de un lado su plan. No sabía qué hacer, no sabía cómo reaccionar.

Estando parado frente al espejo del baño, luego de que Aileen se quedara dormida, se tomó sus medicinas, y después de haber pensado en muchas cosas, se dijo a sí mismo:

—No me voy a rendir tan fácil, tengo un último plan. Esta será mi última oportunidad de irme de este mundo sabiendo que Aileen quedará en buenas manos.

Capítulo V

Al día siguiente la mañana estaba un poco apretada para Paul, debía atender varios negocios, entre ellos hacer un par de llamadas para concretar la venta de algunas de sus propiedades para lo que necesitaría la ayuda de su buen amigo Mark.

Mark tiene 46 años de edad, y aunque es la misma edad que tiene Paul, él ve al esposo de Aileen como un hermano mayor, y es que de hecho, a pesar de lo muy bien conservado que está Paul, Mark se ve bastante menor que él.

Mark es un hombre muy similar a Paul en varias cosas, se conocen desde jóvenes cuando ambos fueron a la misma universidad, y tienen la particular coincidencia de que ambos abandonaron sus carreras como deportistas para dedicarse de manera profesional al mundo de los negocios.

Pero así como se parecen en muchas cosas, también hay cosas que los diferencian bastante. Mark es alto, millonario, soltero, sin hijos. Pero ama las fiestas. No es que a Paul no le guste festejar, pero se ha dedicado mucho a su esposa y a sus negocios, mientras que Mark no ha querido dejar su faceta de soltero empedernido.

Mark es dueño de un yate donde se han dado increíbles orgías. Es un tipo sin compromisos cuya única responsabilidad es seguir vivo. Esa mañana, justamente se encontraba de paseo con unos amigos en su yate, conversando unos asuntos de negocios mientras también bebía Whiskey, cuando recibió una llamada de Paul.

—Hola Paul, en este momento estoy un poco ocupado con unos negocios. Pero cuéntame, ¿Qué hay de nuevo? —Dice Mark al atender la llamada, casi gritando a causa de la fuerte brisa y de la música.

Del otro lado de la llamada, Paul saludaba a Mark y le contaba que necesitaba de su ayuda para concretar unos negocios, y que además, tenía algo personal y muy importante que contarle.

—¿Qué? No logro escucharte, Paul. Dame un par de horas y te llamo luego.

Mark cortó la llamada, pero su instinto y su profundo respeto por su amigo, además del gran cariño que le tenía, lo llevaron a escribirle un mensaje de texto diciendo lo siguiente:

—Perdona, no logro escucharte bien. Dentro de un rato te llamo.

—Es urgente. Necesito que nos veamos ya. —Respondió Paul.

Cuando Mark leyó ese mensaje, a pesar de encontrarse en pleno océano con unos amigos y unos clientes importantes, suspendió todo, les avisó que debía volver a tierra para atender algo personal, y todos a bordo entendieron, pues al final de cuentas, el dueño del yate era él.

—Cuéntame, hermano. ¿Qué sucede? Ya voy llegando a tierra, estaba navegando con unos clientes, pero dime, ¿Dónde nos vemos?—Dijo Mark devolviéndole la llamada Paul tan pronto como pudo.

—Te espero en mi oficina, tengo algo importante de que hablarte.

Mark tomó su Camaro 2019 y condujo tan rápido como pudo hasta el edificio donde Paul tenía su oficina, la cual estaba en el último piso con una lujosa y maravillosa vista de toda la ciudad. Mark estacionó su deportivo y subió rápido al ascensor exclusivo que conducía hasta la oficina de Paul.

—Hermano, tenía semanas sin verte. ¿Qué me cuentas? —Preguntó Mark luego de abrazarlo.

—Bueno, primero toma asiento. —Respondió Paul recibéndolo con un trago de whiskey.

A Mark le parecía extraño ver a Paul tomando tan temprano, pero pensó que sería mejor para él, pues así no padecería de resaca por haber dejado de tomar.

—Quiero que prestes mucha atención, porque lo que te voy a contar es serio y delicado, y por otro lado, quiero que me disculpes por haberte hecho venir de esta manera, pero eres mi hombre, el de confianza.

—Lo que usted diga, capitán. —Dijo Mark muy serio, atento a lo que su amigo quería contarle.

—Estoy enfermo, Mark. Es grave Tengo cáncer y solo tengo unos meses de vida útil hasta que caiga en cama y me vaya desapareciendo lentamente.

Mark se asombra, pero tan solo una ligera búsqueda en los ojos de Paul le fue suficiente para entender que su amigo le hablaba muy en serio.

—Cuanto lo siento, amigo. Pero debe haber algo que podamos hacer, yo conozco unos médicos en Nueva York que más que doctores son científicos. Estoy seguro de que podrían hacer pruebas contigo a ver qué se puede lograr. No digo que saldrá bien, pero es mejor que quedarnos de brazos cruzados.

—Mark, por favor, déjame terminar. Lo que te voy a contar ahora es todavía mucho más delicado que mi salud. Aileen, me aterra irme de este

mundo y dejar a Aileen sola, desamparada.

—Cierto. Precisamente por ella es que te digo que debemos hacer algo...

—Ya lo he intentado, viejo. No hay mucho que se pueda hacer salvo retardar lo impostergable, atrasar unos meses mi muerte y evitarme mucho sufrimiento, pero fuera de eso, es definitivo, solo me quedan unos meses, quizás un año entero de vida. Luego de eso, caeré en cama y la verdad no creo que pueda soportar verme a mí mismo caerme en pedazos.

—No, hermano. No digas esas cosas. Entiendo que tal vez no hay salida, pero yo de verdad me niego a perder a mi amigo de esa manera, algo debemos hacer...

—Escúchame, Mark. Escúchame con mucha atención. —Exclamaba Paul dando muestras de que ya estaba un poco ebrio, mientras tomaba fuerte de la camisa a su amigo.

—Lo que tú digas, amigo. Perdona si te he interrumpido. Continúa. —Dijo Mark levantando sus manos.

—Solo lo diré una vez y no quiero rodeos ni juegos. Necesito que te quedes con Aileen.

—Claro, hermano. Yo la cuidaré por ti. Lo que tú digas. Ella es como mi cuñada, lo que sea que ella necesite, yo estaré allí para ella.

—No, no te estoy pidiendo que la cuides, te estoy pidiendo que me reemplaces. No quiero irme de este mundo con el remordimiento de que la dejaré sola y que quizás algún buitre la enamorará y le quitará todo o lo tratará mal. Por eso quiero que seas tú quien ocupe mi lugar.

—No estoy entendiendo, Paul.

—Sí estás entendiendo, pero te estás haciendo el loco. Te dije que no quiero rodeos, mucho menos juegos. Necesito que hagas eso por mí y no aceptaré un no por respuesta.

—Amigo, lo que me estás pidiendo es muy delicado. Yo no puedo...

—¡Sí puedes! Exclamó Paul golpeando su vaso contra el escritorio.

—Está bien, vamos a conversarlo con un poco más de calma. ¿Por qué no le buscas un novio por internet, o le presentas a alguien más? ¿Por qué yo?

—Porque eres el único en quien confío semejante responsabilidad, y creo que ya va siendo hora de que te enseries. Además, sé que eres un gran hombre, tienes todo lo que Aileen puede necesitar, así que necesito que seas tú. Entiéndeme, Mark. Voy a morir, en apenas unos meses ya no estaré aquí y más nunca nos veremos. —Agregó finalmente Paul, derramando una lágrima que

cayó en la alfombra de la oficina, y ante tanto silencio casi pudo escucharse el retumbar de aquella ligera y triste gota.

Mark no pudo evitar conmoverse al ver a su mejor amigo tan triste en medio de una situación tan trágica, y no le quedó más remedio que hacer honor a aquella frase de que los verdaderos amigos deben estar tanto en las buenas como en las malas.

—Está bien, Paul. Lo haré. Lo haré por ti, por la amistad que nos une, porque eres más que un amigo para mí, eres como un hermano.

Capítulo VI

Mark es amigo de Paul desde hace muchos años, y conoce a Aileen casi desde que ella y Paul se hicieron novios en la universidad. Para ese entonces, Mark era uno de los chicos más populares del campus, y había tenido más novias que materias aprobadas por semestre.

Aileen lo conocía bastante bien, aunque no eran muy amigos, no por nada malo, sino que simplemente, luego de que ella y Paul se comprometieron, muy poco llegaron a frecuentar, salvo algunas fiestas y reuniones sociales.

Para Mark, Aileen era la mujer de su amigo, de quien era como un hermano para él. Le parecía que era una mujer atractiva y sentía que era la indicada para su amigo, sabía que lo hacía muy feliz y con saber eso de ella, le bastaba y le sobraba. Por su parte, Aileen tuvo una amiga que estuvo saliendo con Mark por un tiempo, y mientras ella no paraba de contarle lo bien que Mark la follaba, a ella le entró una profunda curiosidad. No porque él le atrajera, sino porque la forma en la que la amiga le narraba los encuentros sexuales entre ella y Mark, hacían que Aileen de cierto modo se intrigara.

Una tarde, luego de recordar con detalle todo lo que su amiga le había contado y mientras Paul estaba de viaje, Aileen se sintió sola y aburrida y se masturbó pensando, no en Mark, sino en las cosas que había escuchado de él: que tenía el pene muy grande, que sus abdominales eran de fotografía, y que follaba tan duro como un animal muy lleno de energía.

Explayada en su tina, dándose un confortable baño con espuma, pensaba en esos detalles mientras acariciaba suave sus pezones para luego pellizcarlos, recordando las palabras que le contaron que a Mark le encanta dar ligeros mordiscos en los pezones mientras con sus dedos hacía magia. Aileen recreó esa escena, se apretó a sí misma los senos con mucha fuerza, imaginando que las manos grandes de la que le habían hablado, la tocaban por todas partes como se lo hacían a su amiga.

Luego de un rato frotándose entre las piernas y de haber variado en un par de oportunidades su fantasía, se imaginó ver a Mark follar desde lejos, haciéndole el amor a otra persona, que bien podía ser su amiga, y eso le resultó de verdad mucho más placentero, pero con todo y eso no terminaba de alcanzar el orgasmo. Finalmente terminó pensando en Mark y allí sí supo

encontrar un placer verdadero, genuino, tanto que consiguió un orgasmo múltiple con sus piernas temblando de lujuria, salpicando agua por todo el baño.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces, y con la enfermedad de Paul varias cosas han cambiado. Una vez que él acordó todo con Mark, cuadró todo para una cena entre los tres, una cena en su casa, con Mark con invitado.

—Hola, amigos. Miren lo que traje, una linda nena que nos acompañará esta noche. Espero que no les moleste. —Dijo Mark al entrar esa noche por la puerta principal, señalando a una fina y costosa botella de vino que traía entre sus manos.

Aileen, que no sabía nada del plan de Paul, recibió a Mark con un beso y un abrazo. Para esa noche, Paul le había pedido que se vistiera muy sexy para él, pero ella no sabía que realmente se lo pedía para impresionar a su amigo Mark.

Aileen se vistió con lo más sexy que encontró en su closet, un vestido negro, muy ceñido al cuerpo y que como de costumbre, ella utilizaría sin ropa interior debajo. Mark, el verla, y luego de lo conversado con Paul, no pudo evitar mirarle desde abajo hasta arriba, como escaneando mercancía. Paul pudo notar aquello, y no le molestó en lo más mínimo, estaba muy decidido e incluso alegre de que su mejor amigo, la persona en quien más confiaba, sería quien cuidaría a su mujer por él cuando se marchara de este mundo.

Llegó la hora de la cena y hablaron de todo un poco, de deportes, de negocios, de las noticias más sonadas en los últimos días en la ciudad. Hablaron de todo un poco hasta que llegó el gris momento de hablar de lo indeseable.

—¿Cómo va tu tratamiento, hermano? —Pregunta Mark a Paul, en medio de varias caras largas.

—Pues nada mal. Me he sentido incluso mejor. De vez en cuando hay mareos, pero no me he vuelto a sentir débil, o no tan seguido o de maneras tan intensas como antes de ir al médico.

Todos se ven las caras para que luego Aileen y Mark terminen cabizbajos.

—No estén así, no sientan lástima ni pena por mí. Solo vivamos el momento y ya. Si estos van a ser realmente mis últimos días, quiero pasarlos feliz, con la gente que amo, con mi esposa y mi mejor amigo.

Las palabras de Paul hicieron sonreír a ambos, tanto a Aileen como a Mark, por considerarlos las personas más importantes en su vida, y de nuevo

todo era armonía en la mesa.

—Propongo un brindis por el gran Paul, mi mejor amigo, el hermano que la vida me dio desde tiempos remotos. Ese hombre trabajador, incansable y que además es excelente esposo. —Dijo Mark levantando su copa.

Todos chocaron sus copas, en especial Aileen quien se emocionó mucho al ver a Mark hablar muy bien de Paul, haciéndola sentir la esposa más orgullosa del mundo.

—Quisiera hasta decir que es el hombre más apuesto de la ciudad, pero desafortunadamente ese soy, y bueno, tampoco podemos mentir. ¿Verdad, Paul?

Todos rieron con ese último comentario de Mark y así los tres se montaron en un viaje hacia lo profundo de la noche. Las horas pasaron, la primera botella de vino se terminó y Paul fue a buscar otra en la cocina. Mientras él hacía eso, Mark, con algo de alcohol en sus venas, intentó hacer un acercamiento hacia Aileen.

—Aileen, con todo respeto, debo decir que son una pareja fenomenal. De verdad les agradezco que me hayan invitado a cenar con ustedes. No quiero agregar comentarios tristes, quiero tomarle la palabra a Paul y tomar solo lo positivo.

—Gracias, Mark. Eres muy lindo. Es muy amable de tu parte lo que me dices. Sé que eres su mejor amigo y para mí es importante que estés cerca de él.

—Bueno, también hay que decir que él tiene bastante suerte. Quiero decir, fuera de las cosas que no queremos hablar, mira esta casa, mira esta sala, mira las cosas que tienen. Han llevado una vida envidiable. Mi amigo es un hombre trabajador.

—Gracias. —Dijo Aileen un poco sonrojada.

—Quiero agregar algo más —Dijo Mark con algo de picardía en sus ojos — Mírate a ti. Si me permites decirlo, creo que eres muy hermosa. De verdad que Paul tiene todo lo que merece, y cuando te digo esto me refiero a que tiene lo mejor.

—Gracias, Mark. Un día de estos te enamorarás y tendrás la esposa de tus sueños. Porque la verdad tú también te mereces una esposa que esté a tu lado, es solo que por lo visto no has querido.

—Tienes razón, no han faltado oportunidades. Pero quizás solo se trata de que no ha aparecido la mujer indicada. —Le responde Mark, mirándola con ojos de hambre, viendo incluso sus senos por un momento.

Aileen se incomodó un poco con ese comentario de Mark y casi por instinto bajó un poco más la falda de su vestido y se acercó a la mesa de manera que sus senos no se pudieran ver, pues notó hacia dónde se dirigía la mirada del amigo de su esposo.

—No lo tomes a mal, no busco faltarte el respeto. Solo digo la verdad, eres una mujer muy bella, inteligente, y por lo que me ha contado Paul de ti, eres una amiga incondicional, una mujer que está en las buenas y en las malas, un punto de apoyo cuando todo se ve perdido. ¿Quién no querría una mujer así que además tiene el cuerpo espectacular que tienes tú?

Aileen, aunque halagada, no pudo evitar salir casi corriendo hasta la cocina en busca de Paul.

—Permiso, déjame ver por qué Paul se está tardando tanto. —Dijo Aileen levantándose de la mesa con algo de velocidad.

Ella no sabía que Paul se estaba tomando ese tiempo de manera intencional para darles algo de espacio a solas. Cuando ella llegó a la cocina, Paul se reincorporó para simular que estaba buscando un sacacorchos, mientras Mark se quedaba solo en la mesa, pensando que era un idiota y que tal vez lo había arruinado todo.

—¡Paul! No quiero ser grosera, pero creo que tu amigo está algo pasado de tragos.

—¿Y? Para eso es el vino, para embriagarnos y pasarla bien.

—No, no me estás entendiendo, lo que te dig...

—Yo sé, mi amor —Dice Paul tapándole los labios con un dedo para luego besarla— Yo solo digo que vivamos el momento. Seamos felices y disfrutemos. Tal vez Mark sea el mejor candidato y no lo hemos ni pensado.

Aileen echa un vistazo hasta la sala, ve a Mark solo y aburrido como jamás lo había visto. Mark es el tipo de hombre que siempre se divierte, que todas las mujeres desean, jamás le falta una invitación a pasarla bien. Sin embargo, ahí estaba, solo, habiendo sido recién rechazado por ella. Verlo así le hizo darse cuenta de lo que se estaba perdiendo, y mientras lo veía comenzó a detallar lo intensamente atractivo que era, más que todos los candidatos anteriores, incluso le parecía casi tan guapo como le resultaba Paul.

Luego de una nalgada que Paul le dio, decidió seguirlo hasta el comedor de nuevo, donde se reencontraron con Mark.

—Estaba pensando que tal vez se ha hecho un poco tarde para ustedes. No quisiera interrumpir...

—No interrumpes nada, amigo. La fiesta apenas se está encendiendo. — Dijo Paul con un tono jocoso a causa del alcohol, algo no muy usual en él.

—Quiero que ambos sepan algo: los quiero mucho, y solo quiero ser feliz y saber que ustedes también lo son. ¿Por qué no nos relajamos un rato y jugamos algo?

Paul supo romper tensiones buscando un mazo de póker y haciendo que todos se divirtieran un rato de manera sana. Cuando ya estaba por terminarse la segunda botella y estando bastante ebrios todos, Mark hizo una propuesta:

—Ya estoy muy tomado para conducir y le avisé a un amigo para que venga por mí, prefiero irme y que continuemos o repitamos esta velada luego. Pero me gustaría jugar una última mano de manera arriesgada.

—¿Ah sí? ¿Cómo es eso? —Preguntó Aileen a quien los senos se le marcaban de manera tan clara y perfecta a través del elegante pero diminuto vestido que traía puesto, resaltando una figura espectacular donde sus caderas hacían un contraste magnífico con su cintura.

—bueno, quiero jugar Strip Póker antes de irme.

Aileen se animó un poco a pesar de también sentir algo de pena, y Paul no lo dudó un segundo y aceptó el reto. El primero en perder fue el propio Mark, quien debió quedarse sin camisa, lo que le permitió a Aileen apreciar ese escultural cuerpo de dios griego donde los pectorales parecían hechos por el más fino escultor de estatuas y los abdominales parecían el fruto de un millón de horas en el gimnasio.

Al cabo de un rato Paul terminó ganando la partida, y Aileen debió bajarse el vestido, dejando ver ese par de magnolias tan perfectas que la vida y la cirugía estética le dieron en lugar de senos.

Justo cuando Mark estaba con la boca abierta, debatiéndose entre acercarse y besar esos pechos o simplemente apretarlos, mudo, sin poder decir una palabra aunque su mirada lo decía todo; sonó una bocina afuera de la gran casa de Paul, era el amigo de Mark que ya había llegado por él.

Mark se marchó no sin antes darle un beso a Aileen, beso que comenzó en el cuello y terminó en los labios de manera muy tímida y accidentada debido al alcohol y tal vez a la falta de confianza que aún existía entre ellos. Luego de eso se despidió de Paul con un gran abrazo.

Paul esperó que el auto se fuera, y cuando cerró todo y subió a la recámara, Aileen lo esperaba en estilo perrito, muy excitada por los últimos acontecimientos, y Paul al ver aquello no pudo evitar bajarse los pantalones y

penetrarla en el acto, y mientras la follaba exponía una gran sonrisa, porque por primera vez sentía q su plan estaba marchando muy bien.

Capítulo VII

A la mañana siguiente, sin resaca alguna, pero con algo de flojera, ni Paul ni Aileen se han levantado. Ninguno de los dos tenía motivos para pararse muy temprano, aunque Paul partía a las 11am en un vuelo hasta las afueras de la ciudad para concretar la venta de algunas de sus propiedades, con lo cual planeaba luego realizar una inversión que le garantizara una vida plena a Aileen cuando él ya no estuviera.

El sol apenas comenzaba a entrar por una ventana y Aileen notó dos cosas: primero que ella había amanecido con unas ganas enormes de dar placer, y al mirar a Paul vio la segunda cosa, que fue una gran erección entre las sábanas.

Deseosa, se fue muy eficiente a complacer a su esposo y darle los buenos días que se merece. Comenzó por suaves caricias en el pecho, él aún dormía, y luego pasó su lengua por las tetillas de él, causándole unas suaves y placenteras cosquillas que lo hicieron apenas abrir un ojo.

Cuando finalmente despertó, tenía a Aileen de cabeza entre sus piernas, engullendo su pene, extasiada, llena de lujuria y del néctar que marca el preámbulo, ese que salía de a gotas por el pene de Paul y que ella gustosamente se tomaba. Luego de varios movimientos lentos pero muy placenteros, Aileen dejó de masturbarlo con sus manos para hacerlo con sus labios.

Dejó que su pene entrara y saliera de su boca varias veces al ritmo que ella misma marcaba, y cuando comenzó a presionarlo un poco más con sus labios, pudo notar que Paul se retorció hasta estallar en placer, ese placer que con todo gusto ella se tragó.

—Buenos días, mi amado. —Dijo Aileen antes de ir al baño y hasta donde Paul la siguió.

—Qué delicia despertar así. —Le dijo Paul, abrazándola desde atrás, ambos parados frente al espejo del baño.

Luego de eso se bañaron juntos y cada uno se vistió para ir a lo suyo. Aileen fue al gimnasio no son antes despedirse de Paul quien preparaba sus maletas para irse al aeropuerto.

Estando ya en el avión, Paul comenzó a sentirse un poco mareado, y pensó que podía deberse al propio vuelo, o quizás los nervios de concretar un

negocio muy grande, quién podría saberlo. Pero apenas el avión despegó, los mareos empeoraron.

—¿Pero qué sucede? Hoy tomé mis medicinas, más bien llevo días sintiéndome mucho mejor. No tiene explicación que me sienta así. ¿Por qué hoy? —Se preguntaba Paul a sí mismo, deseando no vomitar y ahorrarse un bochorno en el avión.

Luego de un rato y de que el avión se estabilizara, se sintió menos mareado y creyó que todo había sido solo un mal rato, pero después todo regresó y ahora incluso con dolor de cabeza, y Paul no tuvo más opción que ir al baño. Luego de eso se sintió un poco mejor. Al aterrizar se fue directo a su hotel, trató de no tener sobresaltos y al acostarse vio que tenía llamadas perdidas de Mark y un mensaje de texto donde le pedía permiso para invitar a salir a Aileen.

Por extraño que suene, eso le había hecho sentir un poco mejor, pues ver que su mejor amigo le estaba ayudando con el extraño e incomprensible plan que él tenía, lo alegraba mucho. Así que permaneció despierto esperando que Aileen le diera noticias, ya que igual era demasiado temprano para dormir.

—Hola Aileen. ¿Qué planes tienes para hoy? Paul me ha dicho que vigile que estés bien mientras él está de viaje y se me ocurrió que podíamos dar una vuelta por el parque.

—Me parece perfecto. —Respondió Aileen del otro lado de la llamada, un poco nerviosa. Luego de colgar le escribió un mensaje de texto a Paul y eso a él le gustó aún más, porque sentía que tanto Aileen como Mark lo respetaban mucho.

Aileen como de costumbre no se puso ropa interior, solo lo hacía para ir al gimnasio o para salir a cosas cotidianas, pero cuando usaba vestido, nunca se colocaba pantaletas, y esta vez no fue la excepción. Se puso un vestido de flores, tratando de hacer juego con el parque, mientras que Mark la fue a buscar vistiendo unos jeans bastante ajustados, unas botas vaqueras y una chaqueta de cuero.

—¿Espera, nos vamos en tu moto? —Preguntó ella al verlo montando su Harley Davidson.

—Sí. Pero, si es problema podemos irnos en mi auto, recuerda que anoche se quedó aquí.

—No, no te preocupes. Será interesante sentir tu cuero mis nalgas —Dijo Aileen al oído de Mark de forma muy atrevida— Quiero decir, el cuero de tu

moto. Es que tengo vestido. Pero está bien, vamos en moto. Me gusta la idea.

Se fueron al parque en la moto de Mark, él condujo lento por petición de ella, pero igual no pudo evitar que la brisa la despeinara un poco y le subiera el vestido un par de veces. La moto de Mark era magnífica, con un tanque gigantesco pintado de un negro muy brillante que combinaba perfectamente con el resto de las piezas cromadas.

Estando ya el parque, dieron varias vueltas caminando, conversaron de los gustos de cada uno, hasta que se hizo hora de ir a comer. Por las experiencias anteriores, ella no quería cenar en ningún lugar elegante, mucho menos en el mismo restaurante donde fueron sus dos citas previas.

—Qué tal si comemos en algún lugar sencillo, sin mucha gente. Algo más íntimo.

—Bueno, hagamos algo. Vayamos hasta tu casa y yo te preparo la cena. ¿Qué dices?

—¡Me parece maravilloso! —Respondió Aileen, y media hora después ya Mark tenía puesto un delantal mientras destapaba una botella de vino mientras preparaba una pasta según una tradicional receta italiana que una abuela suya le había enseñado.

Aileen sacó dos copas, las sirvió mirando fijamente a los ojos de Mark, y una vez llenas, levantó la suya.

—Por Paul.

—Por Paul, respondió Mark, quien luego de chocar su copa con la de Aileen, derramó un poco de vino sobre la camiseta que traía debajo de la chaqueta.

Aileen, dedicada y atenta como lo es con Paul, corrió a buscar una toalla, y al volver, Mark ya se había quitado la chaqueta y la camiseta manchada.

—Menos mal no fue la chaqueta. —Dijo Mark, en jeans, sin camisa, mostrando sus abdominales perfectos y sus pectorales esculturales.

Cuando Aileen se acercó hasta él con toalla en mano, no emitió palabra alguna. Estaba muda, como hipnotizada, no solo por la estampa de Mark que lucía como todo un modelo de revista, sino por además por toda la situación como tal. Estaba allí, a solas en casa con semejante hombre tan apuesto que además estaba sin camisa. Ambos solos, y con permiso de su esposo para hacer con él lo que quisiera. Todo era como demasiado bueno para ser cierto, y aunque ella jamás contempló la posibilidad de probar otros hombres hasta que el propio Paul se lo propuso, ya estaba comenzando a interesarle el

asunto, especialmente después de conocer tantos rumores sobre Mark y que ahora podría comprobar por ella misma.

Suavemente se terminó de acercarse a un Mark que sonreía sabiendo lo que estaba punto de ocurrir. Cuando Aileen ya estaba totalmente frente a él, deslizó con mucha delicadeza la toalla sobre los abdominales del amigo de su esposo.

—Deberías darme tu camiseta para lavarla, en menos de una hora ya estaría lista, o casi. Afortunadamente a la chaqueta no le pasó nada, eso sí habría sido un problema.—Dijo Aileen sin parar de acariciar el abdomen de Mark, dejando la toalla de lado esta vez para hacerlo con sus propias manos, todo gracias a Mark, quien la instó, sin palabras, a hacerlo de esa manera.

Mark tomó las manos de Aileen, y la hizo desabrocharle el pantalón y bajarlo y luego bajar también su bóxer para que finalmente su pene terminara en manos de ella. Aileen lo tomó con ambas manos, era bastante grande y grueso, lo suficiente como para que una sola mano no bastara, al menos no de Aileen.

Todo aquello transcurrió muy rápido, y sin darse cuenta, ya Aileen tenía la lengua de Mark metida en su garganta y la respiración de ambos estaba tan acelerada que casi podía escucharse en gran parte de la casa.

De solo tocar Aileen a Mark, pasaron a que él la devoró por completo. La recorrió con sus labios desde el cuello hasta el abdomen, pasando por sus pechos, sus perfectos y redondos pechos. Todo aquello sucedía con ambos de pie, frente al sofá de la sala anterior a la cocina. No había nadie en la casa, podían hacer el amor donde quisieran.

Mark le terminó quitando el vestido a Aileen luego de varios minutos besándola y tocándola por encima de él. Aquel cuerpo desnudo frente a él era todo un monumento. Mark siguió besándola, ahora con todavía más pasión, con muchas más ganas, y con una erección portentosa que a cada rato chocaba con las piernas de Aileen hasta que en un gesto muy dominante la tomó por la nuca y la hizo arrodillarse frente a él.

Mark le tomaba la cabeza para guiarla, como punto de apoyo mientras ella se movía hacia adelante y hacia atrás, con aquel poste de carne entre sus labios, entrando y saliendo de su boca al ritmo que el placer de ambos estaba dictando. Al cabo de varios segundos en eso, Aileen levantó la mirada y al hacer contacto visual fue como un flechazo del que ninguno de los dos pudo salir ileso. Era irremediable, era necesario, era imperativo. Los dos

necesitaban hacer el amor de inmediato.

Mark la levantó del suelo tomándola en sus brazos y la llevó hasta el otro sofá que estaba como a tres metros de distancia y era más grande y cómodo. La recostó sobre él, abierta de piernas, colocando la parte trasera de cada una de las rodillas de ella sobre cada uno de los hombros de él, cosa que le permitiera poder darle un magnífico sexo oral teniendo total control sobre ella.

La lengua de Mark supo tocar los lugares precisos, y mientras Aileen no paraba de gemir él solo se dedicaba a recorrer el sexo de ella desde abajo hasta arriba y luego viceversa, disfrutando mucho, tanto de lo que hacía con su lengua como de lo que sus ojos veían: una mujer perfecta disfrutando profundamente de su sexualidad.

Entre gemidos y suaves caricias terminaron cambiando de posición, quedando Mark sentado en el sofá y ella de pie frente a él para luego quedar sentada sobre su regazo, de frente a él aún, pero ahora son su grueso y largo pene dentro de ella. Por fin podía comprobarlo, y era totalmente cierto. El pene de Mark le resultaba gigantesco, algo que ya sospechaba desde que lo metió en su boca, pero una vez que lo tuvo realmente dentro de sí, fue una cosa magnífica, extrasensorial para ella.

Mark se deleitaba tomando a Aileen por la cintura mientras ella lo cabalgaba como toda una experta, como si lo conociera desde hacía mucho, como si supiera exactamente cómo le gustaba a Mark ser complacido. Mark decidió que se estaba perdiendo de mucho y se olvidó de la cintura de Aileen para dedicarse a apretar sus pechos con ambas manos y terminar chupando esos pezones tan hermosos que lo hacían delirar de placer tan solo de verlos, ni hablar cuando por fin los lamía. Aileen era suya, por completo, la tenía totalmente dominaba, aunque ella estuviera sobre él de algún modo dominándolo también.

Al cabo de otros segundos y de varios, muchos gemidos, cambiaron de posición. Ella se bajó de él y se colocó de rodillas en la alfombra para luego terminar de inclinarse y quedar en posición estilo perrito, y de ahí a que Mark se colocara detrás de ella y la penetrara, solo transcurrieron milésimas de segundos. El sonido de ambos cuerpos chocando cada vez que Mark empujaba todo su pene dentro de ella, era magnífico porque representaba una total oda al placer. Mark empujaba sus caderas y sus testículos chocaban con la vulva de ella mientras las nalgas de Aileen se veían demasiado redondas, demasiado

perfectas, en un vaivén maravilloso mientras ella alcanzaba un orgasmo muy intenso, hasta que Mark, entre lo que sentía, escuchaba y veía, no pudo aguantar más y decidió explotar y derramar su placer sobre aquellas nalgas de película.

Media hora después se dedicaron realmente a terminar la cena juntos, Aileen lo ayudó un poco, y una vez que comieron Mark, con ojos de hombre complacido y satisfecho, pero no conforme, le hizo una confesión a Aileen.

—Necesito que nos volvamos a ver. Hay que contarle a Paul, lo sé. Habrá que esperar a que él nos dé indicaciones, pero yo necesito verte de nuevo. — Le dijo a Aileen antes de marcharse y darle un beso tierno en los labios.

Aileen solo asintió con la cabeza, y cuando Mark por fin se fue, ella cerró la puerta y suspiró con una gran sonrisa en su rostro. Acto seguido llamó a Paul para contarle, la llamada fue breve. Ella no dio muchos detalles, Paul tampoco se los preguntó, solo se mostró contento con lo sucedido y prometió que en menos de dos días ya estaría de regreso.

Aileen cortó la llamada y de nuevo suspiró, pensando en Paul y pensando en Mark. Ambos hombres le gustaban demasiado, acababa de darse cuenta de que Mark no solo era un hombre muy sexy, sino que además se veía realmente interesado en ella, y con lo mucho que amaba a Paul, se sentía muy feliz de poder cumplir finalmente los deseos de su esposo.

Del otro lado de la llamada, Aileen no lo sabía pero Mark la estaba pasando terrible. Estaba frente al espejo del baño de la habitación del hotel, acababa de vomitar lo que parecía agua con jugos gástricos y sangre, totalmente mareado, a punto de desmayarse.

—Yo mejor me acuesto. Ojalá mañana sea un mejor día. —Se dijo a sí mismo un muy enfermo y agotado Paul.

Capítulo VIII

Mark durmió en su casa como un bebé, igual que lo hiciera Aileen. Por su parte, Paul pasó una noche de perros en la que llegó a considerar la posibilidad de no salir del baño, instalando el colchón en algún espacio entre la poceta y el lavamanos, pero igual el baño de su habitación era demasiado pequeño, lo que hizo imposible esa alocada ideal del pobre hombre que no lograba sentirse nada mejor a pesar de tomarse todos sus medicamentos al pie de la letra.

La mañana transcurría normal para Aileen al día siguiente. Se levantó muy animada, llena de energía, fue al gimnasio y luego por algunas compras en el mercado, y de algún modo se le notaba en el semblante que era una mujer feliz y que estaba emocionada con los últimos acontecimientos.

Mark por su parte se dedicó a sus negocios hasta mediodía, y luego de almorzar decidió que iría por unas compras importantes, no sin antes enviar un mensaje de texto a Aileen.

—Anoche fue una velada maravillosa. Espero repetir hoy, si puedes y gustas.

Aileen leyó el mensaje estando ya en casa, terminando de preparar su almuerzo, y los ojos le brillaron tanto que casi pudo salir un destello de ellos. Emocionada como una adolescente fue hasta su armario a ver qué podría usar en esta nueva salida, y tomó de nuevo su celular para hacer una pregunta que la ayudara a resolver el tema de qué atuendo usar para esta ocasión.

—Hola Mark. Lo mismo digo. ¿A qué hora te espero? ¿A dónde iremos esta vez?

—Será una sorpresa. —Fue todo lo que respondió Mark, dejando a Aileen con mas dudas que respuestas.

Aileen decidió no estresarse ni darse mala vida por su atuendo exterior, y decidió que esta vez sí usaría ropa interior, pero no algo casual sino lencería muy fina, de la más coqueta y lujuriosa, algo que terminara de sacar ese macho alfa que hay dentro de su nuevo amante Mark.

Llegó la tarde y Mark, de nuevo en su motocicleta, hizo una parada en una tienda de juguetes sexuales y luego en una ferretería hasta que finalmente fue a casa de Aileen. Al llegar ella ya lo estaba esperando, usando esta vez un jean

muy ajustado y una camiseta con la que sí usó sostén, pero uno muy delicado, fino y costoso que Paul le había regalado unos meses atrás.

Ambos se fueron en la moto de Mark y en el camino, Aileen se da cuenta que van rumbo a la playa. Llegaron hasta un pequeño resort, se instalaron, y salieron a los alrededores a dar una vuelta, ver el lugar y tomar aire fresco antes de darse un baño.

—Debiste decirme que vendríamos a la playa. —Le dice Aileen a Mark mientras ambos caminan y conversan sobre el potencial turístico que tiene el lugar.

—Quería que fuera una sorpresa. Pero si lo dices por traje de baño y esas cosas, no te preocupes, tengo eso cubierto. Acá cerca hay varias boutiques, incluso una es de la hermana de un amigo mío, podemos hacer una parada allí y...

—No, no es por eso. Es por algo que la verdad no quiero ni puedo explicarte aquí, tendría que contártelo a solas. —Responde Aileen en ese tono pícaro que alguna vez enamoró a Paul y que ahora tiene hipnotizado a Mark.

—Muy bien —Respondió él— En ese caso, pues habrá que ir a descubrir ese misterio de una vez.

Ambos se fueron de nuevo al hotel, subieron hasta la habitación donde ya había guardado su equipaje, que en su mayoría eran bolsas de las compras que Mark acababa de hacer.

—Necesito que esperes aquí mientras voy un momento al baño, y al salir te doy detalles.

Mark, ante lo dicho por Aileen, no hizo más que sentarse al borde de la cama a esperar, o eso le hizo creer a ella mientras terminaba de encerrarse en el baño. Una vez que ella trancó la puerta, él sabía que ella estaría preparando algo, y él decidió hacer lo mismo.

Cuando Aileen por fin salió, llevaba puesto un juego de lencería color negro que resaltaba perfectamente el color de su piel. Era de encaje, con ligeros, todo perfecto para subirle el ánimo y la temperatura a cualquiera. Por su parte, Mark la estaba esperando con unas esposas, unas cuerdas de amarre, un arnés, un consolador y varios aceites y lubricantes.

—Es hora de jugar. —Fue todo lo que dijo al ver a Aileen salir del baño tan perfecta y provocativa.

Aileen miró todos los juguetes y dejó escapar una sonrisa nerviosa, pues aunque todo aquello siempre le había dado curiosidad, más lo había intentado,

o por lo menos no como por lo visto tenía planeado hacerlo Mark con ella.

Mark se paró detrás de Aileen, le pidió cerrar los ojos y luego se los cubrió con una venda. Pensaba usar las esposas pero prefirió ir directo a algo que le resaltaba más placentero, y así fue como Aileen terminó amordazada, con los ojos cubiertos y con las manos y los tobillos atados. Mark la llevó hasta la cama, donde la terminó de atar a un arnés que colgaba del techo muy bien preparado previamente para ello, lo que dejaba en claro que no era algo del todo fortuito, pues Mark ya había reservado todo aquello.

Estando atada y colgando del techo, Mark, de pie frente a ella, la elevó un poco más hasta que la vagina de ella quedó justo en su rostro, y así, erguido y con el pene muy erecto, deslizó la pantaleta muy diminuta que Aileen traía puesta y abrió espacio para que su lengua se diera un gran banquete.

Luego de un rato haciendo que Aileen gimiera y hasta gritara de placer, decidió voltearla, y así mismo, ella suspendida y él parao detrás de ella, la penetró con mucha fuerza al mismo tiempo que le azotaba suavemente las nalgas con un pequeño látigo que también había comprado en la tienda de juguetes sexuales.

Mark hizo que Aileen tuviera un orgasmo tan placentero como sonoro, y después la bajó del arnés solo para volver a subirla, pero ahora de cabeza. Mark quería que Aileen le chupara el pene así, de cabeza, y sin duda lo logró. Hizo que Aileen lo masturbara con la boca hasta que no aguantó más y tuvo que llenar esos labios del fruto de su lujuria, de esa blanca y espesa pasión que le estaba guardando solo a ella.

Luego de aquel sexo tan poco convencional y que a la vez fue muy placentero, Mark la bajó del arnés y estuvieron conversando un rato juntos. Pasaron el resto de la tarde juntos en la playa, comieron mariscos, y antes de regresar a casa estuvieron otros veinte minutos en la habitación, esta vez Mark penetrándola por el ano mientras le insertaba un pene de goma por su vagina. En esa ocasión el orgasmo fue tan intenso para Aileen que dejó totalmente humedecido el consolador.

Llegada la noche, ya Aileen estaba en su casa y Mark en la suya. Aileen recordaba cómo Mark la follaba por el ano y se mordía los labios hasta quedarse dormida después de masturbarse pellizcándose a sí misma los pezones, recordando cómo se lo había hecho Mark unas horas antes.

A la mañana siguiente, Paul, luego de otro día grave en el que no pudo siquiera salir de la habitación, decidió cancelar todo. Se negó a ir ante un

médico de esa localidad, y como pudo tomó el primer vuelo de regreso a la ciudad, pero para ir directamente hasta su médico de confianza, a contarle lo mal que estaba y a ver qué podían hacer por él.

Aileen y Mark lo estuvieron llamando, pero el pobre Paul no tenía fuerzas ya ni para atender el teléfono, parecía que el final estaba mucho más cerca de lo esperado y que las pastillas y todo el tratamiento como tal, solo habían retrasado por unos días lo inminente.

Resignado a que ya no le quedaba demasiado tiempo de vida, logró llegar a la ciudad, y estando en el aeropuerto pidió un taxi que lo llevara de inmediato hasta la clínica. En el camino tuvo muchas náuseas, pero no vomitó porque no tenía nada en el estómago, ya no le quedaba nada, todo lo había vomitado en el propio avión durante el vuelo, y cada vez las manchas de sangre eran más grandes y más notorias.

El médico lo recibió de inmediato, le tomó muestras de sangre, de orina, y lo hospitalizaron. Paul pasó varias horas sedado, y cuando por fin despertó, estaba rodeado de dos enfermeras que lo veían muy apenado las pocas veces que se atrevían a levantar la mirada, y el médico que una vez lo vio despierto, agregó con un tono y un rostro muy trágico:

—Tenemos algo muy importante que decirte, Paul.

Capítulo IX

Mientras Paul estaba en la clínica, tanto Aileen como Mark no paraban de llamarlo sin obtener respuesta. Ellos no sabían nada de lo grave que él estaba, ni siquiera tenían idea de que estaba en la ciudad y mucho menos que lo habían internado en la clínica.

—Hola Aileen. Perdona que haya venido sin avisar. —Dice Mark a Aileen luego de que ella abriera la puerta de su casa segundos después de que él tocara el timbre— Tengo días sin saber de Paul y la verdad me preocupa. ¿Tú has podido comunicarte con él?

—La verdad yo estoy igual que tú, estoy muy preocupada. ¿No hay un número al que podamos llamar? He intentado en su oficina, pero la secretaria me dice que él quedó en llamarla hoy en la tarde. Ella me dijo que, si llegaba la noche y no había noticias, iría personalmente hasta el hotel, donde parece tampoco saben nada de él. De verdad no entiendo nada y me preocupa.

—Sé cuál es el hotel. Voy hasta mi casa a ver mi agenda, sé que debo tener el número telefónico. Si no logro saber nada, vendré a buscarte para que tomemos el primer avión hasta allá a ver qué sucede con Paul, ¿Te parece?

—Está bien, Mark. De verdad muchas gracias. Estaré atenta. —Le dijo Aileen desde la puerta despidiéndose de él con un beso en los labios.

Paul, que ya regresaba de la clínica donde lo habían dado de alta, caminaba encorvado. El taxi que tomó lo dejó por un costado de la casa, lo que le permitió ver cómo Aileen y Mark se despedían de beso en boca mientras él apenas podía caminar. Sintió un poco de celos y se ocultó entre árboles para no interrumpirlos. Después de todo, había sido su propia decisión que se iniciara ese romance entre su esposa y su mejor amigo, así que no solo no debería sentir celos sino que tampoco tenía nada que reclamar. Todo había sido idea de él a pesar de que ambos se negaron en un principio.

Cuando Mark finalmente se alejó de la casa y con Aileen ya adentro, Mark no quiso entrar por sus propios medios, en realidad casi ni podía. No tenía fuerzas ni para girar una manilla, y muy a duras penas pudo sostener la única

maleta que tenía por equipaje.

Cuando sonó el timbre, Aileen pensó que podría tratarse de nuevo de Mark, que tal vez habría olvidado comentarle algo importante. Fue rápido a abrir la puerta, y al ver a Paul su sonrisa fue grande, pero no duró ni dos segundos cuando pudo notar el terrible estado en el que se encontraba su esposo.

—¡Dios mío, Paul! ¿Qué ha sucedido? ¿Te he estado llamando todo el día de hoy y de ayer! ¿Por qué no avisaste para buscarte? ¿Qué sucede? ¿Por qué estás así? Tú no te fuiste así, tú estabas bien. ¿Qué te sucedió, mi amor?

—No te preocupes. Todo es un chiste, la vida es un chiste. —Respondió Paul mientras a duras penas pudo entrar a la sala y luego de un gran esfuerzo alcanzó a sentarse en el sillón que está pasando la puerta.

—¿Cómo no me voy a preocupar? ¡Mira cómo estás! ¡Debemos ir al médico ya! —Exclama Aileen mientras toma el teléfono para llamar a una ambulancia que los lleve hasta la clínica.

—No, nada de eso —Dice Paul con las pocas fuerzas que le quedan. — Hay algo muy importante que debo decirte.

Aileen, muy preocupada, con una cara de tragedia griega, sabe que lo que Paul debe decirle es demasiado importante, así que deja el teléfono sobre el mesó y colocando ambas manos entre sus piernas, se sienta a un lado de Paul a escuchar lo que él tiene que decir.

—Dime, mi amor. ¿Qué sucede? —Agrega Aileen mientras le acaricia el cabello como lo hace una madre con su niño enfermo.

—Vengo de la clínica, Aileen. Y me han dado una noticia que no sé cómo contártela. No sé por dónde empezar.

—Comienza por el principio, mi amor. Es lo que siempre me has dicho, es lo que siempre le dices a tus clientes. Dime que sucede, Paul. Me tienes muy asustada.

—Bueno, aquí voy. —Dijo Paul luego de un gran suspiro. —Fui al médico, y resulta que la cosa es demasiado increíble. El tratamiento para mi enfermedad contiene elementos que no pueden ser mezclados con alcohol, porque al cabo de unas horas el cuerpo comienza a rechazar esa combinación y las consecuencias son terribles. Recuerda que la noche antes de irme de viaje tomamos bastante vino, pues al día siguiente tomé mi tratamiento, y para la noche estuve muy mal y desde entonces no había parado de tomar mis pastillas, y eso solo empeoraba las cosas. Pero el asunto no termina allí.

Cuando fui al médico, también descubrieron algo todavía más inaudito: resulta que todo fue una confusión, los resultados de los exámenes se invirtieron, y yo realmente jamás estuve enfermo ni mucho menos tenía cáncer. Los síntomas de los mareos se deben a exceso de trabajo, estrés, y mucha presión por los negocios. Todo ha sido psicológico, y se ha juntado con esa mala suerte de que se confundieran los exámenes médicos.

Aileen lo mira incrédula, confundida, sin poder entender nada.

—Pero...

—Nada. Pero nada, mi amor. Todo fue una confusión. No tengo cáncer, no voy a morir. O no por ahora, pues. No antes de tiempo, mi amor. ¿No te alegra?

—La verdad, sí. Pero ahora tenemos un gran problema, Paul.

Capítulo X

—A ver, solo lo voy a preguntar una vez porque quizás soy yo la que no entiende muy bien: ¿No tienes cáncer, y nunca lo tuviste?

—Así es, mi amor. —Respondió Paul, muy sereno, recuperando poco a poco su energía.

—Solo estabas un poco mal por culpa del estrés, ¿es así? Y todo fue un error en la clínica por unos papeles que se confundieron, ¿cierto?

—Así es, mi amor. Estoy todavía muy débil por lo que te comenté que ese tratamiento es muy fuerte, y al mezclarse con algo de alcohol que había en mi estómago y en mis venas, hubo un efecto secundario terrible que me tiene así desde hace un par de días. Pero ya todo va a estar mejor, ya me aplicaron un nuevo tratamiento para limpiarme del anterior y volverme a mi forma natural, que tú muy bien sabes que es de las más saludables. ¿Acaso no te alegra todo esto que te estoy contando? —Pregunta Paul al ver la cara larga de Aileen— Creí que te caería bien la noticia, no pensé que te fuera a molestar.

—No, mi amor. No me molesta que estés bien, que no tengas cáncer y no vayas a morir. Eso es magnífico. Pero ahora te pregunto: ¿Me hiciste pasar por todo esto por gusto? ¿Por mera equivocación me hiciste acostarme con diferentes hombres? ¿Tienes alguna idea de cómo me sentí por eso? ¡no, claro que no la tienes! ¡No fue a ti a la que trataron como a una cualquiera! ¡No fue a ti a quien te usaron para solo para sexo!

Ante lo alterada que se encontraba Aileen, Paul entendió que dentro de todo ella tenía algo de razón. La idea de morir y dejarla sola le había nublado la mente, llevándola a hacer cosas que ella no quería, todo en un plan que quizás ni siquiera daría resultado.

—Mi amor —Dice Paul con un tono muy apacible— Necesito que me perdones, pero sobre todo que me entiendas. Yo no hice nada de esto por mero capricho, yo solo quise asegurarme de dejarte bien, segura, en buenas manos cuando yo me fuera de este mundo. Ahora que sé que todo ha sido una confusión, me siento terrible por todo, pero al mismo tiempo estoy feliz por saber que me queda mucha vida por delante a tu lado y eso es todo lo que importa para mí.

Aileen no se pudo resistir ante los ojos de ternura y amor profundo con los

que la miraba su adorable esposo. Con solo escuchar su explicación, tuvo suficiente para perdonarlo y besarlo profundamente como debió ser desde que lo vio entrar por la puerta. Mientras pasaban los minutos, Paul se iba sintiendo mejor, lo cual era maravilloso salvo un pequeño detalle que quedaba aún pendiente.

—Pero ahora tenemos un pequeño problema, mi amor. Estos días la he pasado con Mark y...

—Yo sé, todo surgió de maravilla, como debía ser.

—Sí. Y debo confesar que ahora tengo sentimientos por él y creo que él también por mí. Ha sido muy atento, muy caballeroso. No sé cómo lidiar con esto, no sé qué hacer, Paul. Yo te amo, te adoro, y te deseo profundamente. Aquí donde estoy muero de ganas de que me hagas el amor, que me hagas tuya como solo tú sabes, pero Mark...

—No hace falta que digas nada, mi amor. Tengo una idea para arreglar esto. Sube, prepara un baño mientras arreglo algunas cosas y ponte lo más hermosa y sexy que puedas. ¿Me complaces?

—Está bien, mi amor. No sé qué te traes entre manos esta vez, pero está bien. Obedeceré y veremos.

Aileen se fue a cumplir los deseos de Paul mientras él acomodaba su maleta y hacía una llamada telefónica. Luego de eso tomó un baño, y cuando Aileen ya estaba lista, vestida con un baby doll morado que le quedaba espectacular, sonó el timbre.

—No, no te preocupes. Yo abro. —Dijo Paul, llevando solo una toalla como lo único que le cubría el cuerpo.

Dos minutos más tarde, Aileen supo que quien había llegado era Mark. Lo supo porque él y Paul subían las escaleras mientras ella seguía vestida muy sexy. Cuando los vio entrar a ambos, sucedieron tres cosas: Paul dejó caer su paño, mostrando una gran erección, lo que indicaba que ya estaba mucho mejor. Mark sonrió y comenzó a desvestirse, y Aileen se convirtió en un río entre sus propias piernas.

La acariciaron entre ambos. Paul besó sus pechos luego de terminar de quitarle aquella prenda tan sexy y pequeña que de algún modo le estorbaba entre sus labios y la piel de su mujer. Mark, por otro lado, se terminó de desvestir para unirse, arrodillándose frente a Aileen para besar suavemente sus piernas mientras Paul aún se daba banquete con aquellas tetas perfectas de Aileen.

Terminaron por tenderla sobre la cama y se turnaron, pasando ahora Mark a pesarle los pezones y los labios mientras Paul se dedicaba a beber del río que Aileen tenía entre sus piernas. Luego de un rato así, de haberla complacido con sus bocas como a una reina, La hicieron ponerse de rodillas para rodearla y dejarla que se deleitara con sus penes, devorándolos a ambos al mismo tiempo.

Luego de un rato de chupar, lamer, e incluso hasta morder un poco, sucedió algo tan inesperado como placentero. Aileen era tan buena en lo que hacía y se veía tan perfecta mientras lo llevaba a cabo, que ambos sintieron una simultánea necesidad de eyacular, lo cual hicieron justo sobre el rostro de ella.

Ahí estaba Aileen, arrodillada con dos grandes y gruesos penes frente a ella, muy cerca de su rostro, el cual se encontraba barnizado de placer, cubierto de ese líquido espeso que significaba que había hecho muy bien su tarea.

—Solo tengo una duda. —Comenta Mark. —¿Qué días podré visitar y secuestrar a tu magnífica y hermosa esposa, amigo mío?

—Pues esa es una decisión que solo ella puede tomar. Ahora ella está a cargo de todo.

Aileen, mirándolos a los dos desde el piso, con el rostro lleno de semen, solo agregó:

—Para que no haya discusiones, será todas las veces que yo quiera. Se turnarán como a mí me provoque, y si quiero que estén los dos al mismo tiempo, lo harán. ¿Está bien?

Tanto Paul como Mark sonrieron gustosos, demostrando que estaban de acuerdo, en especial Paul quien honestamente estaba muy feliz de experimentar cosas nuevas y poder compartir su mujer con su mejor amigo.